

ALMANAQUE DE LA
HOJA DE PARRA

corp. 32



1916

CARLOS





CLASO
REGISTRO

Méndez Alvaro, 2, 1.º Apartado de Correos 547

CARAS BONITAS



Capt. 32

HELIET



Después de viajar por las grandes capitales europeas, Madrid se nos define mejor como una población simpática, ni grande ni chica.

La voluptuosidad de la vida madrileña es la resultante de su tamaño proporcionado. Da gusto vivir en Madrid. Es lo bastante populoso para destacarse de los pueblos, y, sin embargo, todo se tiene en la mano; todo está al alcance de la mano del hombre y, á veces, de la de la mujer.

La simpatía, el «chic» madrileño, es, seguramente, tan agradable como pudiese serlo antes de la guerra el «chic» parisién.

Cuando yo visité París, la capital de Francia era por el momento la ciudad-cadáver: en sus rúas más principales no quedaba nadie ni nada. ¡Ni las placas! Porque Mr. Viviani, en un destello de ese «chic» que yo no pude apreciar por parte alguna, ordenó que se arrancasen de cuajo rótulos y placas para que el sitio quedase á disposición de los héroes de la gran guerra, con cuyos nombres se honrarían después placas y calles. «¡No más placas!», exclamó el delicioso presidente, cual si se hubiese tratado del anuncio de un específico. Y las placas del padre Claret, de la Magdalena, de Lafayette... fueron arrumbadas en un rincón de la «Maire de Quartier» ¡como si al que luego fuese á la «Maire» no le hubieran de estorbar las placas!

Aparte ese rasgo efectivamente «chic» del Sr. Viviani, no pude, por desgracia, justipreciar lo agradable de la vida parisina, ni sé, por lo tanto, si era aquella vida como esta nuestra ó como la otra vida.

Mas he aquí que media Francia—la mejor mitad—se nos ha venido encima, y que también las apetitosas francesillas contribuyen en lo que pueden—que no es poco—á hacer más deseable la vida de la Villa y Corte, que, ya por sí, nos brindaba el sugestivo deleite de las cosas que nos vienen á la medida.

Y eso que este Invierno estamos viviendo como los matrimonios jóvenes; esto es, de noche y apretados.

Sí; porque unos, con el achaque de la guerra; otros, con el de la proximidad de las Pascuas; otros, con muchos achaques, ya no hay hijo de Madrid, cualquiera que sea su sexo, que no esté para estas fechas en la Corte; ya no hay gato ni gata madrileña que no esté de vuelta.

Lo peor—es decir, lo mejor—es que al mismo tiempo que los hijos naturales del país han entrado clandestinamente en la Villa una

multitud de ciudadanas francesas que no tenían casa puesta, siquiera viniesen animadas del mejor deseo de ponerla.

Y, claro, el ambiente se ha adulterado un tanto, y la vida en las calles va erizándose de dificultades.

Todo se vuelve tropezar y pedir perdón á estas divinidades de la vecina República, que, recíprocamente, unas veces nos dicen «No hay de qué», y otras nos piden dos duros.

Nada más corriente que oír:

«¡Jesús, qué apreturas!»,
«¡No se puede dar un paso!»,
«¡Cada paso es un conejo!», etc.

Pero, naturalmente, eso durará muy pocos días. No es que las súbditas de Poincaré nos abandonen; antes al contrario, estoy seguro de que nos cobrarán mucho afecto (y algún dinero) y nos tendrán en la boca á todas horas. ¡No: el «ensanche» no ha de venirnos por este lado! Digo que las apreturas durarán poco en las calles porque ya las Empresas teatrales y cinematográficas han terminado de abrir sus coliseos, y la gente tiene donde meter el hocico.

¡La Chelito le tiene abierto de par en par hace dos meses! Y así, poco á poco, metiendo la cabeza donde podamos, distribuyéndonos por los diversos espectáculos, viviremos apretados; pero viviremos mejor que en esas grandes urbes, y mucho mejor que en las aldeas insignificantes.

Mal que bien, con la venida de esas francesas, se han abaratado muchas cosas. Y no por eso Madrid ha dejado de ser este pueblo delicioso, justo, ni grande ni chico, que nos atrae con el sugestivo deleite de las cosas que nos vienen á la medida.



Una de nuestras lectoras que también ha hecho el «raid» París-Madrid.

CÉSAR JALÓN.

La Hija del Mar

(LEYENDA DE «EL IDILIO DE PEDRÍN», ZARZUELA QUE ACABA DE ESTRENARSE, CON GRAN ÉXITO, EN PRICE)

Debajo de esa roca, con musgos tapizada,
 donde choca la espuma de las aguas marinas,
 dicen que hay un palacio, que es vivienda encantada,
 que es mansión deleitosa de náyades y ondinas.
 El palacio, labrado con perlas y corales,
 cubierto por cortinas de nácar y marfil,
 guardan un pulpo informe, que tiembla en los umbrales,
 dos arañas gigantes y un monstruoso reptil.
 El reptil aprisiona al osado, que intenta
 del palacio encantado los muros profanar;
 con su absorbida sangre, el pulpo se alimenta,
 y trituran sus huesos las arañas de mar.
 En el palacio reina divina criatura.
 Es hija de Neptuno, del que los mares rige,
 del que las olas lanza del Olimpo á la altura,
 del que al nauta mortales holocaustos exige.
 Es la hija de Neptuno, como el padre, inmortal;
 de esmeralda pupila, de alabastrina piel,
 con los labios sangrientos, pintados de coral,
 que abocetan un frunce gozador y cruel.
 Blanca es su dentadura, que parece labrada
 con el nácar que esmaltan marinas caracolas.
 El resto de la imagen se diluye, esfumada
 entre espumas de nieve y vaivenes de olas.
 En las noches oscuras, cuando va el pescador
 el viaje de su barca guiando por la mar,
 aparece la diosa, brindándole su amor,
 entonando un lascivo y exótico cantar.
 Sus ojos esmeralda llamean gozadores;
 sus labios se adelantan, prevenidos al beso,
 y sus brazos redondos se abren, reclamadores
 de un cuerpo masculino que en ellos quede preso.
 No es que rompa la lancha tempestad borrascosa;
 no es que al pescador trague la mar enfurecida:
 le asesina pérfida caricia de la diosa,
 caricia que, siendo una, se paga con la vida.
 Y tal es la leyenda de esa roca, alfombrada
 con algas y con musgos, del palacio sin par,
 donde, por fieros monstruos submarinos guardada,
 sus mortales caricias brinda La Hija del Mar.

JOAQUÍN DICENTA (padre é hijo).

REFRANES



EL. — *Ya lo dice el proverbio: «El hombre propone...»*
ELLA. — *... y la mujer acepta.*

ESTUDIANTE

Junio se los lleva, y Octubre los devuelve.

Pasan por las calles como versos sueltos de una copla que rimaran con los otros sueltos versos de las modistas.

Madrid, que en Verano es el pueblo de las *kermesses* y de las verbenas, es, durante el Invierno, el pueblo de los estudiantes.

CUENTOS «DE ÉPOCA»



—Chica, cómo ha engordado la sobrina del cura.

—¿Y no se sabe de qué?

Y se da el caso de que los verdaderos estudiantes son los que no estudian: son los que venden los libros, los que intervienen en todas las algaradas, los que patean en los estrenos, los que recogen en sus cuerpos lo que otros individuos no muy sanos dejan en cuerpos de ciertas individuos.

Podríamos afirmar, sin temor de ulteriores rectificaciones, que casi todas las mujeres y bastantes hombres se alegran del retorno estudiantil.

Veamos la lista femenina:

1.º Las modistas. — 2.º Las camareras. — 3.º Las niñas cursis que dan reuniones. — 4.º Las rameritas de... precio intermedio. — 5.º Las patronas de casas de huéspedes. — 6.º Las criadas de estas casas. — 7.º Las criadas de las otras casas. — 8.º Las jamonas que les gusta viajar en las plataformas de los tranvías. — Y 9.º Las artistas de *variétés*, ínfimas, etc.

Veamos la lista masculina:

1.º Los catedráticos. — 2.º Los libreros de viejo. — 3.º Los dueños de salas de billar. — 4.º Los novelistas eróticos. — 5.º Los especialistas en Dermatología. — 6.º Los dueños de casas de préstamos. — 7.º Los empresarios de los bailes de máscara. — 8.º Los serenos. — 9.º Los boticarios y ortopédicos, etc., etc.

El perfecto estudiante vive en las calles donde alternan las casas de huéspedes con las mancebías: Jacometrezo, Abada, Mesonero Romanos, Desengaño, Jardines, Mina y Lope de Vega. Como vecinos, se en-

tienden perfectamente ellos y ellas, é incluso ellas hacen prudentes rebajas en honor á la juventud, majeza, gracia y... ¡porque ya las pagarán todas juntas!

El perfecto estudiante se sienta todas las tardes y todas las noches en el mismo turno de una camarera de la calle Alcalá; tiene una novia de obrador con quien pasea de una y media á dos de la tarde, y de ocho y media á diez de la noche, y á quien los primeros domingos la lleva á la Bombilla, á los palcos altos con antepalco de Lara, y, los domingos siguientes, á las casas propicias y misteriosas, donde hay una cancela de cristales deslustrados y habitación con abundancia de espejos.

El perfecto estudiante se sabe de memoria las cincuenta y ocho mujeres y los siete cuplés que le sueltan en el Madrileño por una peseta, y ha estado á punto de que le toque alguna vez la artista que se rifa en otros teatros.

Juega á las carambolas «como Dios», y en los bailes de la Costanilla, la Flor y Panaderos, rivaliza con los chulos en eso de no «salirse de un ladrillo».

Por último, al perfecto estudiante le suelen ocurrir coincidencias lamentables, como á cierto estudiante que vino por primera vez á Madrid desde un pueblo de Cuenca el año 1909, y parece que ha nacido en la mismísima calle del Avemaría.

Es el caso que este muchacho conoció el año pasado á una primita suya en el pueblo durante las vacaciones de Navidad, y cuando ha vuelto en las vacaciones de Verano, se la encontró embarazada.

INGRATITUD



—¿Es esa la mujer de «Maixi», que antes estaba tan «delgaita?»

—Sí. Y, ya ves, ahora que se le iba poniendo gorda se le escapa. ¡Las hay ingratas!

No es lo peor eso, sino que la chica ha dado á luz en Septiembre.
No es lo peor tampoco eso, sino que viene mi hombre huyendo de la paternidad á Madrid, y se encuentra con que su novia madrileña ¡también va á dar á luz!

—¡Es casualidad!—digo yo.

—No lo crea usted—me contesta muy compungido—: es que la Naturaleza sigue siempre los mismos pasos. Mire usted: de Diciembre á Septiembre, van nueve meses; de Enero á Octubre, nueve meses también.

—Entonces, ¿usted conoció á su novia madrileña en Enero?

—¡Naturaca!

JOSÉ FRANCÉS.

La señorita Voluptuosa

¡Oh, qué vestido más elegante
lleva la señorita Voluptuosa!
¡Tan sutil y sencillo!... Es la sedante
lila de Mayo, en su mañana esplendorosa,
fresca—con oro de sol sobre los bordes
de los árboles, las casas y las cosas—,
vestida como va. Y como acordes
de música elegante, un prendido de rosas.

Es bella Voluptuosa siempre; pero el vestido
es el adorno de los cuerpos mientras desnudos
no puedan ir, gráciles, altivos, sin el ruido
de las telas. Y ella los lleva bien, sin aparato, mudos...

Este vestido que hoy cubre su armonía
de líneas, estética, como suaves concepciones
de un espíritu sin sexo, tiene luz y alegría,
serenidad, tibieza y muelles ilusiones...

El veneno

Esas mujeres altas, finas, delgadas
que llevan traje sastre y usan medias caladas,
y hablan francés, y se pintan los ojos
con negros colores, y los labios con rojos,
son un veneno de estas pobres ciudades
de España, que no saben impiedades
y secretos de médula y sostienen gritando
que la mujer debe estar en su casa trabajando...

EZEQUIEL ENDERIZ.

Montada como un nene,
sobre el borrico viene.
Y el burro así dirá:
¡Qué hermoso pelo tiene!
¡Quién se lo peinará!...

VICENTA VARGAS.



LA CAIDA

A Francisco Mateos.

I

En uno de los desfiladeros suizos, cerca de Brieg, vivían, entre otras, dos familias de pastores: los Frieder i los Krenoir.

Nunca se miraron con buenos ojos. Viejas enemistades de origen inmemorial los mantuvieron siempre recelosos i distantes. Su última escaramuza, a propósito de unas ovejas perdidas que unos le imputaban a los otros habérselas robado, terminó con la muerte del más viejo de los Krenoir a manos del más viejo de los Frieder. Desde entonces se odiaron más. I como del lado de los Krenoir no quedó quien vengara al muerto, el rencor de la viuda fue más grande, más incurable que nunca.

LA CRISIS



—Yo tengo fe en que la caja de resistencia obrera nos sacará de este apuro.

—Pues, chico, yo tengo más fe en mi resistencia física.

odiada, el hijo del asesino de su padre, i había que odiarle con toda la intensidad del último rencor...

II

Una vez se tropezaron en lo más alto del desfiladero. Frantz tenía ya diez i nueve años; Luisita, diez i séis.

Sonrióle ella al verlo tan rubio i tan guapo. Sonrióle él al encontrarla tan provocativa i hermosa.

El paso era mui estrecho. De un lado, la roca, cortada a pico; del otro, el precipicio. Uno de los dos había de recostarse contra la roca para que el otro pasase por el lado del canto del abismo.

Fué Luisa la que se recostó i le invitó a pasar; pero Frantz, al encontrarse frente a ella, le tomó una mano i le preguntó cariñosamente:

—¿Quién eres, tan linda?

—Luisa Krenoir...

—¡Ah!...

—¿I tú, quién eres, tan guapo?

—Frantz Frieder...

—¡Suéltame, entonces!

—¿Por qué?

—¡Porque te odio!

—Yo te adoro.

—¡Suéltame!

—Nó. ¡Dame un beso!

—¡Nunca!... Tu padre mató a mi padre... ¡Te odio!

—No te dejaré marcha sin que me ames... Estamos solos. Si no quieres, te obligaré...

Se acercó a besarla. La enlazó por la cintura i consiguió poner sus labios contra los de ella, que indomable le devolvió el beso con un mordisco, revolviéndose furiosa entre sus brazos: «¡Suéltame, suéltame, que te odio...!» Pero Frantz era fuerte i la iba dominando por instantes. En la lucha, a Luisita se le abrió el corpiño, i saltaron los senos blancos i jóvenes. Frantz olvidó el abismo e hizo un último esfuerzo hasta dominar a Luisa...

Luisa, sintiéndose ya perdida, sitiéndose ya presa de aquel hombre odiado que la tomaba por fuerza, en vano se revolvió más furiosamente, en vano se retorció con más brío.

Entrelazados, retorcidos, rodando por el suelo, llegaron sin percibirse a la orilla del abismo, i en el instante del supremo desmayo, sintieron angustiados que les faltó el terreno, i cayeron al vacío.

Entonces, desesperadamente, se abrazó Luisa a Frantz, con todas las ansias de su carne joven i todas las angustias de su alma.

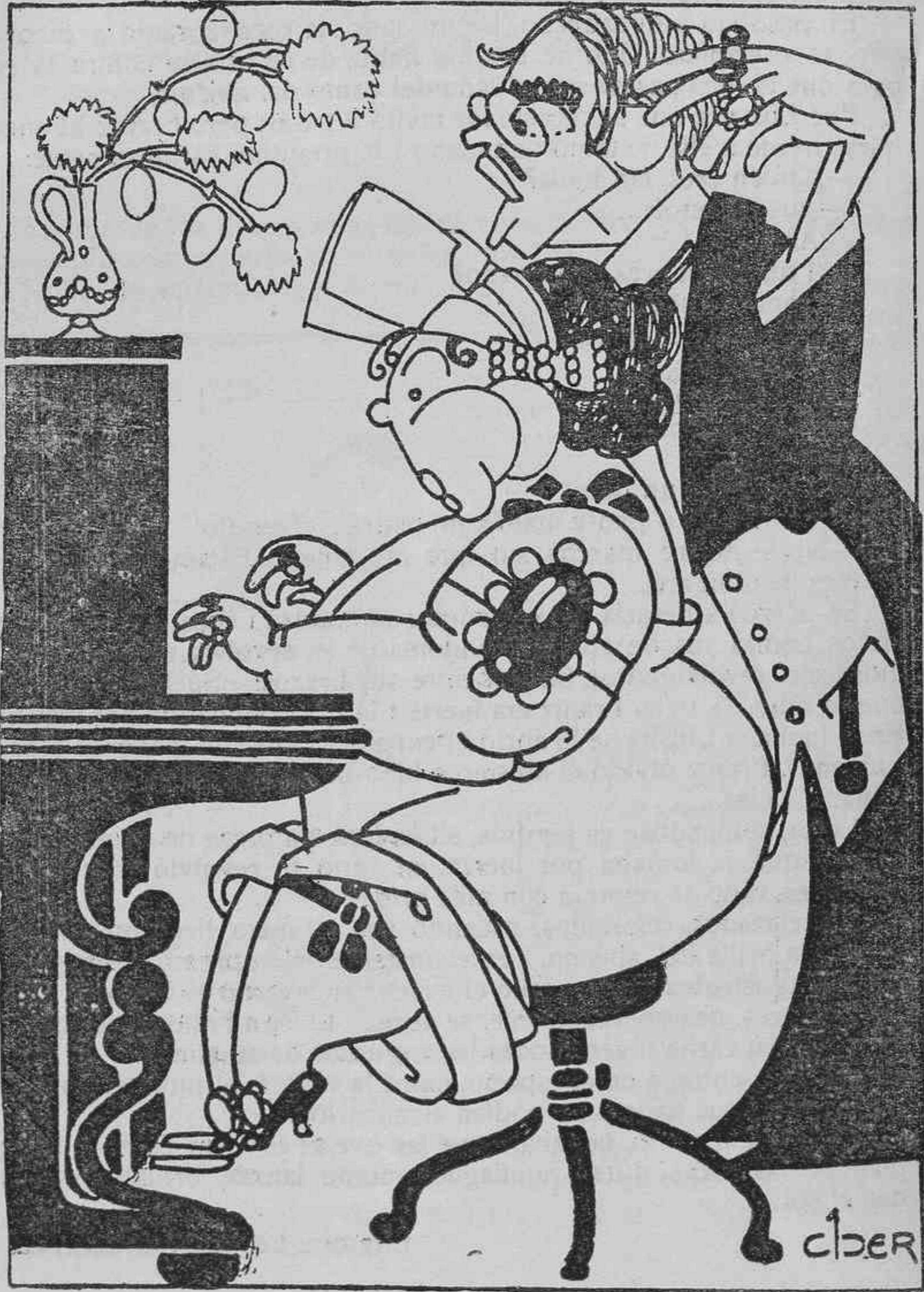
Fué una entrega en el espacio, entre la vida i la muerte, donde ya los odios de sus padres no podían alcanzarlos.

Abajo, mui abajo, tan abajo que las ovejas se veían como hormigas blancas, las rocas, duras, puntiagudas como lanzas, brillaban impávidas al sol.

ENRIQUE LÓPEZ BUSTAMANTE.



DEL NATURAL



EL. — Marina, yo parto...

ELLA. — Hay que apretar más en el «parto»...

POR ESOS MUNDOS DE AMOR

ELOGIO DE LAS PIERNAS DE UNA ALIADA

En el fondo ardoroso de la tarde candente
destacaba la línea de su silueta airosa,
como una bella estatua de nieve refulgente
por el sol esmaltada con un beso de rosa.

Desde la gradería del Teatro Romano
contempla el horizonte, inmóvil, extasiada...
con el cerrado Baedeker en la siniestra mano
y la diestra en el blanco quitasol apoyada.

Tras la marmórea jamba de un arco derruido
(que el no ser descubierto por ella me asegura)
á mi placer observo su natural descuido,
pues ¡ sola ! en las ruinas estar se le figura.

Y por la gradería salta con ligereza,
accionando, graciosa, la cerrada sombrilla.
O ya se sienta y mira con marcada ajeza
al sol, mientras apoya su mano en la mejilla.

Mas luego, al hemicycleo, saltando los peldaños
de dos en dos, desciende con gran seguridad,
mostrando claramente que son pocos sus años
y que tiene en sus piernas gentil agilidad.

De pronto, deja el Baedeker y la sombrilla suelta
en el suelo, y llegando á un capitel caído,
en él su pie descansa... inclínase, y, resuelta,
levántase la falda, mostrando... lo prohibido.

Se le aflojó, al saltar, la liga, por lo visto,
pues la media se estira y el elástico aprieta...
A tentación tan grata ni un instante resisto,
me inclino y miro... cómo el broche se sujeta...

¡ Oh, turista británica !... ¡ Oh, rubia londinense !
De esta moderna edad inquieta peregrina.
¡ Quién se atreve á negarme que una gracia ateniense
no existe de tu base en la línea divina ?...

¡ Esos que á las inglesas han desacreditado
por sus piernas ?... Ya sólo me inspiran compasión.
Pues sé que, al ver las tuyas, dijeran : « A su lado...
¡ qué valen las columnas bellas del Parthenon ?... »

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

Mérida.—En las ruinas del Teatro Romano.

EL PUDOR

Epicarmo, un apreciable sujeto que tuvo la ocurrencia de nacer cuatrocientos y pico de años antes que Jesucristo, discurrió, entre otras bagatelas, acerca del significado del pudor, y, como aquel que no dice nada, dejó escrito que el pudor es el rubor de quien, sabiéndolo todo, aparenta estar pez en el asunto.

La Venus de Médicis es la definición plástica del pudor. Retira la pelvis, defiende el pubis con una mano y trata de ocultar el pecho con la otra. Es decir, que, para demostrar su *inocencia*, le dice al público: «Mirad qué ignorante estoy en esas indecencias del sexo, que con mi actitud revelo estar más al cabo de la calle que «Manforita», el fabricante de amas de cría.»

Claro que la Venus de Médicis no debió conocer al «Manforita»; pero hubiera hecho digno «pendant» con el infrascrito. ¡Si supieran ustedes la de pudores que acometen á veces al «Manforita»!

Epicarmo era un tío con toda la barba. Como le objetasen que su opinión era un tanto aventurada, enseñó á sus discípulos unas lindas figuritas babilonias representando á Ishtar, diosa de la Fertilidad, todas ellas con las manitas cruzadas sobre los pechos ó sobre el vientre. «¿Creéis--decía á sus discípulos--que estas gachís, símbolos de la Fecundidad, no saben lo que se traen entre manos?» Y los discípulos—claro está—reían maliciosamente y se ruborizaban á su vez.

Desde Epicarmo á la fecha, han echado su cuarto á espadas acerca del pudor una infinidad de psicólogos. Quién, lo ha definido como «la timidez del cuerpo»; otro, como «una pesadumbre»; no ha faltado, ¡cómo no!, quien asevere que el pudor es una emoción de origen divino. ¡La Biblia!

Pero la mayoría de las gentes, entre las que me cabe el alto honor de contarme, estamos con el filósofo pitagórico, y creemos, como él, que cuando uno se pone colorado, es con su cuenta y razón, ó, en otros términos, que «el que se pica, ajos come».

A mí, y seguramente á los lectores, les habrá hecho mucha gracia la forma extraña en que se manifiesta el pudor en nuestras mujeres.

Por ejemplo: hasta hace cuatro días, llevaban nuestras más recatadas, sí que también distinguidas damas, unas apreciables faldas que, sobre poner en altorrelieve las más pudendas prominencias de las señoras, se abrían descocadamente de abajo á arriba, permitiendo la encantadora vista de piernas incitantes. A la par que las tentadoras faldas, llevaban, y llevan afortunadamente todavía, á pesar de los fríos inverna-

¡CESE LA MÚSICA!



— ¡Bueno, hijitos, que ya no os falta nada que tocarme!

bles, unas demonio de blusas y chaquetillas tan admirablemente confeccionadas, que le dejan á uno tirulado, porque no se sabe qué admirar más, si la endiablada curvatura del seno turgente ó la prepotencia orgánica de los bronquios de esas damas. Ríanse ustedes del thiocol, del jarabe Famell y demás específicos contra el catarro viendo esos descotes atrevidos é in-
munes.

DE BROMA



—Todos los días me da usted un tironcito del delantal, y acabará usted por rompérmelo.

Y vamos á cuentas. ¿Dónde tienen esas pulquérrimas señoras el pudor? ¿En el seno? Del de nuestros lectores saldría una Comisión numerosa para desmentir tal hipótesis. ¿En las piernas? ¿En la región glútea? ¿En el...?

¡Ay que...!

Bien, amigo Epicarmo, bien. Permítame que á través de veinticinco siglos te dé mi mano y estreche la tuya.

Eras un barbián con un nervio óptico como una maroma. ¡El pudor!... ¡Pues no lo han atravesado pocas veces en este mundo, para que todavía diera señales de vida!

Que me digan ustedes que una *miaja* de apariencia no está mal.. bueno.

Ipsa Venus pubem, quoties velamnia ponit...

Pero que nos tira el Paraíso... vamos... esto no me lo nieguen ustedes.

Es la suprema aspiración de la Humanidad.

¡Como que nos dejamos allí toda la ropa!

FLORENCIO BELLO.

De ronda va el Amor

RONDEL

La calle, el campo y el verjel
oyen su mote en un rondel.
«Nadie se duerma ni se esconda,
suene la alegre serenata,
que en esta noche tibia y grata
sale el Amor de ronda.

Nadie le ve, y á todos ve.
Por aquí pasa. Ya se fué.
El arco tiende y vuela un nardo.
Es que, en sus juegos, una flor
encima pone de su dardo.
De ronda va el Amor.

La encrucijada, aquella puerta,
esa ventana que está abierta.
Igual que el parque y que la fronda,
todo es orilla de su senda.
Sus ojos ya no tienen venda.
Sale el Amor de ronda.

Dice atrevido su cartel :
«Contra mis armas no hay broquel.»
Quédase el reto sin respuesta.
Lleva de heraldo un ruiseñor,
que es su clarín en la floresta.
De ronda va el Amor.

Llena la noche está de gracia
y del aroma de la acacia.
La madre véspera vigila
del alto cielo en la rotonda.
La bella diosa está intranquila.
Sale el Amor de ronda.

Se oye el rumor de un caramillo
que anuncia el paso del chiquillo.
Y él busca el trono de la umbría,
porque entre sombras es mejor

para amparar su picardía.
De ronda va el Amor.

De sus saetas es la herida
un manantial de nueva vida.
¿Porque dejarte quiere así



una tristeza amarga y honda?
Sin una flecha para ti,
sale el Amor de ronda.

¡Oh, misterioso viajero,
que es, siendo rey, su propio arquero.
Para imperar como sultán
en un serrallo de dolor,
cuando de ronda va galán,
¿adónde irá el Amor?

PEDRO DE REPIDE.

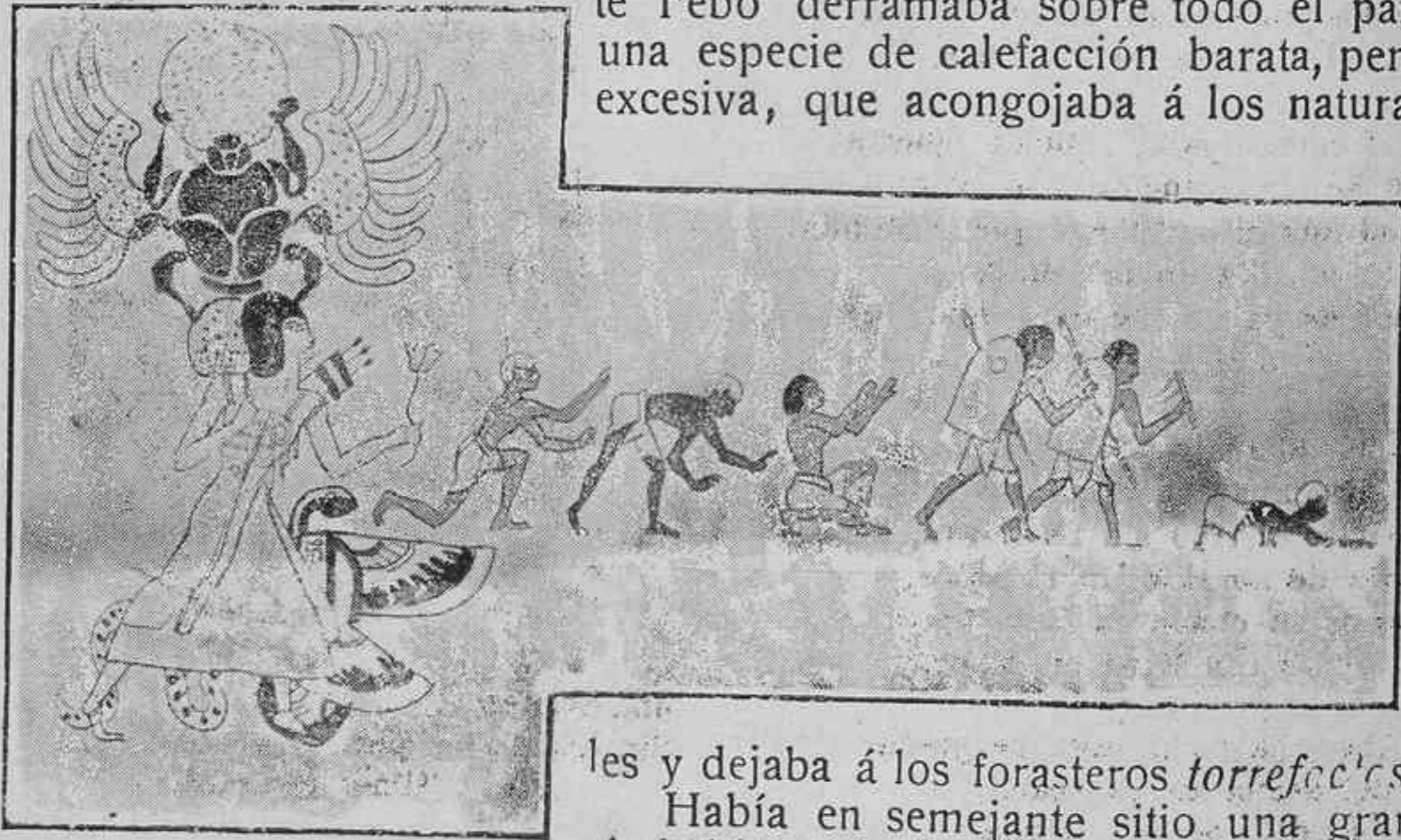


ARTÍCULO DE FANTASÍA

El bajo-vientre del dios Serapio

Fué allá, en Egipto, y en una era que no era la Era Cristiana, sino que era otra era; otra era más antigua: la Era de los Tolorinos, anterior a la de los Tolomeos.

Fué allá, sí; junto á un hijo mediano del río Nilo, llamado el Nilo-Penses, que sólo tenía vida en las épocas de los desbordamientos de su señor padre; cerca de un desierto que se daba un aire á la Plaza de España; eso, cuando se daba aire, porque regularmente no soplabá ni un pelo, y, por el contrario, el vehemente Febo derramaba sobre todo el país una especie de calefacción barata, pero excesiva, que acongojaba á los natura-



les y dejaba á los forasteros *torrefac'tos*.

Había en semejante sitio una gran ciudad llamada Menflis, y en Menflis, un gran templo, donde se rendía culto á un matrimonio de dioses. El atendía por Serapio, y ella, por Irk-hst-brlg-uasa. Ambos eran de piedra pómez, ambos tenían el rostro más feo que puede darse en una deidad pagana, y ambos se dejaban ver, hieráticos y severísimos en un mismo altar, el uno junto al otro, el otro junto al uno y en cuclillas.

Peró no estaba entre estas la particularidad más llamativa de este matrimonio superior. Los grandes y barbudos sacerdotes, imbuídos en los misterios de su culto, queriendo dar una expresión plástica á la influencia fecundante que era característica en los tales dioses, habían

hecho tallar en mármol los senos de Irk-hst-brlg-uasa, y en oro bajo-vientre, absolutamente todo el bajo-vientre, de Serapio.

Esta argucia parabólica tuvo su fondo: el pueblo menflisense, más pobre aún que el pueblo español, dió con ello más valor á sus dioses, sintió avivarse su fervor religioso, y, en consecuencia, subió el sueldo á los sacerdotes y aprobó la creación de un Cuerpo de sacerdotistas vírgenes que les ayudase en sus ritos secretos. ¡Desde entonces, hubo rito para rato!...

Pero vamos á lo que vamos.

Sucedió que, habiendo vacado una plaza en el susodicho Cuerpo de sacerdotisas, fué admitida en él una doncella oriunda del interior del Africa, negra como una foca y de mirada brillante como un foco; esta doncella había, según dijo al solicitar la plaza, renegado de su fe hacia el dios de sus compatriotas, el dios Jhá-jhá, porque decía que no le hacía gracia, y desde el primer momento mostró un amor y un místico entusiasmo por los dioses de Menflis, y en particular por Serapio, que casi, casi era ó locura ó santidad.

Pasábase horas enteras postrada ante la divinidad macho, contemplándole con arrobamiento, y echando sobre su abdomen áureo una mirada llena de unción y de cariño.

Todos los menflisenses, seglares y canónigos, se hacían lenguas de su comportamiento; é iban ya elevando á la negra virgen á la categoría de semidiosa, cuando una noche...

Una noche, rogó que la dejaran sola en el templo, al pie de los dioses. Parecía posesa de un delirio supersticioso. Y satisficieron su ruego.

Y á la mañana siguiente, cuando fieles y oficiantes entraron en su busca, oliéndose un milagro, ya no estaba... Y tampoco estaba el bajo-vientre de oro del dios Serapio. En su lugar había una papeleta de empeño.

Pueblo y clero se quedaron atónitos. Aquello no era un milagro, indudablemente. ¡Ah, la mística!...

El milagro fué otro. Y obróle la única hembra que podía obrarle: la diosa.

Vióse á Irk-hst-brlg-uasa quedarse como sorprendida del estupor público, volver la cabeza hacia donde se dirigían todas las miradas, advertir absorta la falta del bajo-vientre de su marido y, luego, haciendo un gesto de contrariedad suma, levantarse y hacer mutis...



—¡La diosa anda!—exclamaron los sacerdotes.

—¡Anda la diosa!—vociferó el pueblo.

.....
Mientras, á orillas del hijo del Nilo, un egipcio chulo y una doncella de color de foca se decían:

—¿Cuánto te han dado por el vientre?

—Todo esto.

—Dame la mitá, y arreando.

—Toma, moreno mío.

—¡¡Negra!!

FERNANDO LUQUE.

EN TAL DÍA COMO HOY

Aniversario de la famosa
«soirée» del Congreso.—1914.

Hace un año, en el Congreso,
y en una tribuna obscura,
cierto ujier, muy grave y tieso,
sorprendió en íntimo exceso
á una señora y á un cura.

El sacerdote y la dama,
ardiendo en lúbrica llama,
formaban tan breve piña,
que el portero sintió escama
y les echó la gran riña.

Por cierto que tras aquella
tan indignada querella
que les echó el empleado,
si turbada quedó ella,
quedó el cura más turbado.

Los dos, y los dos á una
presos por la misma garra,
fueron en forma oportuna
echados de «La Tribuna»...
(Y hasta de LA HOJA DE PARRA !)

Aunque suben con exceso
las frutas, y hoy cuesta un peso
quedarse de frutas harto,
por lo visto en el Congreso
están las peras á cuarto,

El caso, os digo, y no en guasa,
que no es de los más corrientes,
ni en aquella egregia Casa,
donde todo lo que pasa
tiene siempre «precedentes».

¡ Sí que es, en estos instantes,
un modo, el de esos amantes,
original en extremo
de ir á honrar los coruscantes
dictámenes del Supremo !

¡ Y aún dicen ciertos varones
y ciertas «entretenidas»
que andan buscando emociones,
que no son ahora «movidas»,
del Congreso, las sesiones !

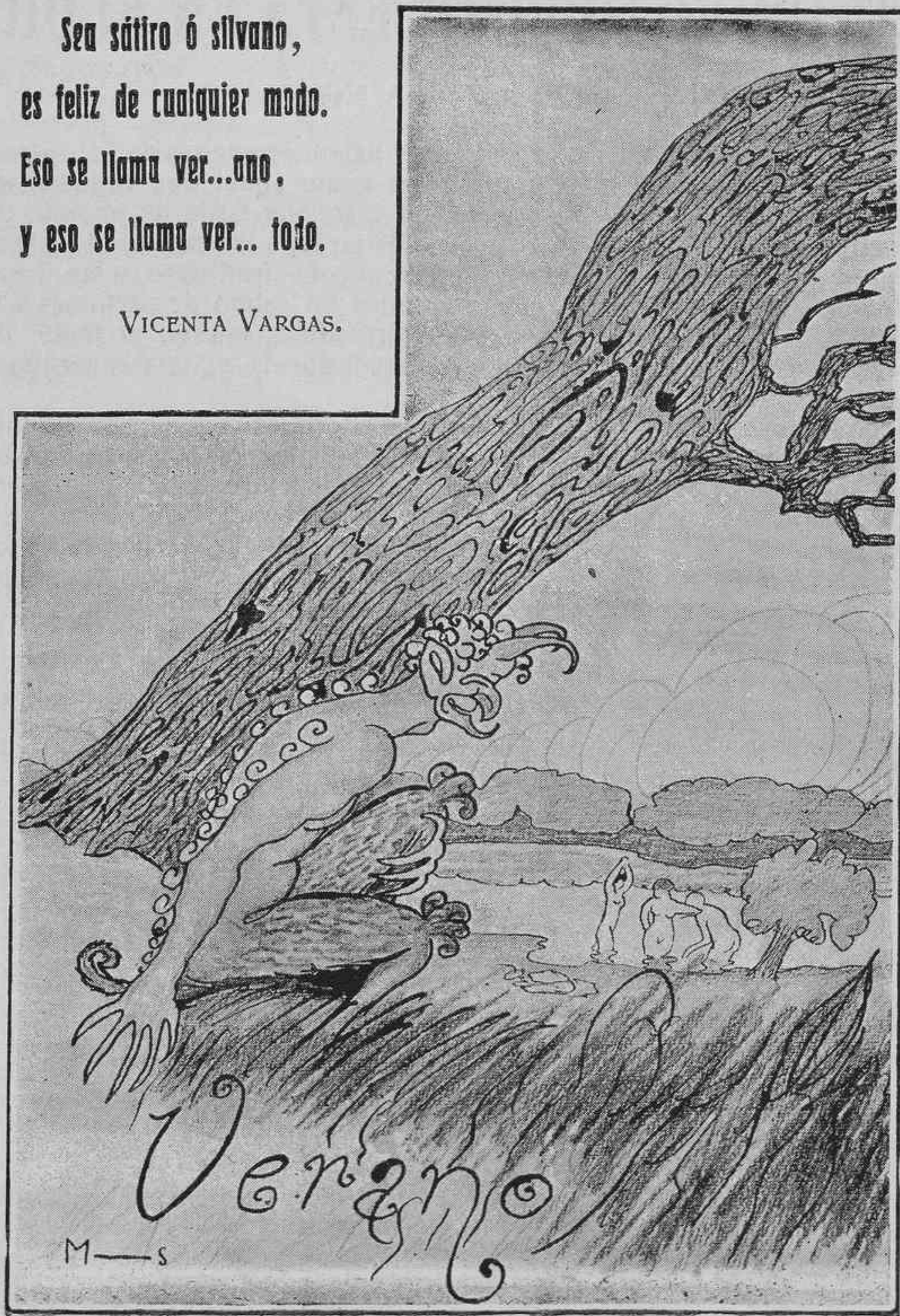
Con la niña de mi cuento
y el cura de su querer,
en cualquiera Parlamento
habrá siempre «movimiento».
(¿ No es cierto, querido ujier ?)

Y basta, en fin. Aunque estallo
de ira, termino y me callo,
y del caso no hablo ya,
porque es peor «meneallo».
(Y ¡harto «meneado» está !)

LUIS DE TAPIA

Sea sátiro ó silvano,
es feliz de cualquier modo.
Eso se llama ver...ano,
y eso se llama ver... todo.

VICENTA VARGAS.



¡TODO EL HUERTO ESTÁ EN FLOR!

(SÍNTESIS DE UNA NOVELA)

«..... Ven: todo el huerto está en flor, y hay unas puestas de Sol solemnes y sangrientas. Son estos crepúsculos como aquel que tú me enseñaste á amar, bien mío—¿te acuerdas?—, aquella tarde de unción, de voluptuosidad y de recogimiento; aquella tarde, á la vez mística y pagana, en que emanaba la tierra su húmedo aliento afrodisíaco, y las flores abiertas aromaban el aire, diciendo mudas un salmo de perfumes á la vida; y allá, lejos, en la desconchada torre de la iglesia, el toque de oración era como un doliente responso por la agonía majestuosa del Sol.

»¿Te acuerdas?..... Desde entonces, yo adoro los crepúsculos y siento la voluptuosidad de su reclamo..... ¡Hace ya tanto tiempo! Y, sin embargo, en pleno otoño de la vida, surcado el mar tempestuoso de la juventud, siento aún, cuando la tarde cae, la misma tempestad de amor dentro del pecho, y mi pobre boca loca se abre sedienta, nostálgica de tus besos. ¡Ven: no tardes; ven: te necesito; mira que estoy sola, que llegó la Primavera, que el Sol se pone muy hermoso..... y todo el huerto está en flor.»

.....
Cuatro, cinco, seis veces, releyó la carta. ¡Ah, sí!..... Era ella, toda ella, su mujercita adorada—que llamaba su otoño á los treinta años—, la que viera en espíritu en el estilo vibrante, nervioso, sensual! ¡Era su mujercita, que había aprendido de él á sentir como un poeta y que llevaba ya para siempre en las venas el contagio de su erotismo febril!

Un mes aún de ausencia, y volvería, antes de que huyese la Primavera; volvería á estrecharla entre sus brazos, en el huerto perfumado, ¡todo en flor!



La ausencia hubo de prolongarse. Cuando él se puso en camino había pasado un año desde que recibió aquella carta en que lo llamaba el amor. ¡Volvía la Primavera!

.....
—¡Tú no venías; yo estaba sola, y el ladrón habló tan mañosamente á mis sentidos!.....

Ella se lo contaba llorando.

—Fué una vez, una sola vez; yo no vi, no comprendí, no tuve conciencia; sólo escuché palabras de amor en el crepúsculo que tú me habías enseñado á amar.

Y el pobre hombre oyó la confesión de aquel engaño, y creyó en aquel llorar de arrepentimiento, y comprendió aquella caída inconsciente, de mujer exaltada, constreñida por una mezcla de alucinación y

de literatura, que se había hecho en ella, en el fondo de su cerebro, en lo más recóndito de su carne, sensación y necesidad.

Su sabia experiencia de amator decía que todo aquello no tenía nada que ver con el espíritu. ¡Es tan fácil caer, y cuesta tan poco pecar! Pero su mujercita era buena, y lo quería; lo quería con toda la fuerza del arrepentimiento..... ¡Y eran tan bellas, tan imperiosamente voluptuosas aquellas puestas de Sol, que él, él mismo le había enseñado á sentir!.....

Y como el Sol volvía á ponerse, y él no había leído á Calderón, y la quería....., ¡volverían á juntarse sus bocas en el trasunto primaveral y solemne, en el huerto perfumado, todo en flor!

.....
Tras de un manzano—símbolo de la primera falta—un Término barbudo reía con su inmóvil risa de mármol, como un fauno burlón.

FELIPE SASSONE.

SOCARRONERÍA



—«Señá Dolores, por eso no se apura usted. Yo la subiré toda la ropa.
—¿Hasta dónde?...

UN SABIO

(C U E N T O)

—He conocido un verdadero sabio... Así dijo nuestro amigo el terrible escéptico, crítico de la Historia, para quien no había existido jamás hombre grande ni mujer buena. Y como advirtiese en sus interlocutores un gesto de extrañeza que no pudimos reprimir, continuó para atajar aquel leve comienzo de contradicción:— un sabio auténtico, un sabio legítimo, un sabio completo sin mezcla ni falta, sin merma ni sofisticación en su sabiduría.



Ya sé que es cosa extraña encontrar un verdadero sabio en estos ominosos tiempos que atravesamos, donde la ignorancia pedante es erigida en falso saber por la poca ilustración general. Por eso mismo creo que vale la pena de descubrir á tal fénix—rara avis—, y voy á contaros quién y cómo es este sabio, y el modo que tuve de conocerle, y la forma en que llegué á comprender toda la magnitud de su sapiencia.

Tenía yo que escribir un estudio sobre los métodos de enseñanza elemental en el Thibet. ¿Os asombra esto?... Ya sabéis que yo tengo que escribir sobre asuntos verdaderamente fantásticos. Me he propuesto que

la patria mia, á la que engrandezco con mi talento, me sostenga cuando vacilo empujado por editores y empresarios, y para ello acudo con alguna frecuencia al Gobierno de S. M. en busca de dinero. Ahora bien: la partida de gastos secretos del ministerio de la Gobernación está intransitable desde que han dado en frecuentarla los profesionales de la política, gente de baja estofa, con la que no nos podemos codear sin desdoro las personas de alguna categoría, y por eso yo me dirijo, cuando necesito dinero, bien á Fomento, bien á Estado, bien á Instrucción pública, donde á los literatos de algún nombre nos dan pesetas—de quinientas á tres mil—por memorias ora comerciales, ora diplomáticas, ora pedagógicas. En el últimamente citado ministerio había yo obtenido entonces doscientos duros, con el encargo de estudiar los sistemas educativos de las escuelas de primeras letras thibetanas.

Yo del Thibet no sabía más sino que está en Asia, que lo gobierna un sacerdote supremo llamado Gran Lama, y que las mujeres practican la poliandria, como en todas partes, aunque con alguna mayor libertad. Por lo demás, ignoraba si allí había escuelas, ni elementales, ni superiores, y no suponía siquiera lo que en tales escuelas, caso de que existiesen, podía enseñarse.

En tal apuro me hallaba, cuando alguien me indicó que buscase á



Sánchez Frías, asegurándome que Sánchez Frías estaba enterado de las cosas del Thibet, como si le hubiera amamantado una de las cabras que en aquel país constituyen con sus lanas la mayor riqueza pública. Así adquirí un nuevo conocimiento thibetano y la orientación para lograr los restantes.

Pero yo no trataba al señor Sánchez Frías, que casi no había oído nombrar, pues los trabajos de erudición no son populares en nuestra tierra, ¡afortunadamente!, y no sabía cómo dirigirme á él. Al fin averigüé que Sanchez Frías tenía una esposa muy guapa, y que dicha esposa era conocida, en el bíblico sentido de la palabra, de cierto amigo

mo. A éste me encaminé, y éste me llevó hasta el esposo de la noble y honesta dama, que, según la eufémica frase de las Cortes de Amor «le dispensaba sus favores».

No es tontería, ni mucho menos, cuando se ha de solicitar un servicio de alguien, pedirlo—si este alguien es casado y tiene amante su señora—por mediación del amante de la esposa, pues los amantes suelen procurar estar en buenas relaciones con los maridos. Así ocurrió que, al verme llegar en la compañía que llevaba, me recibiese Sánchez Frías casi bajo palio. Cuando le expuse el objeto de mi visita, se apresuró á darme tal cúmulo de noticias sobre la enseñanza elemental en el Thibet, que hubiera podido escribir no ya la Memoria de mil pesetas que era mi necesidad, sino un libro de veinte centímetros de grueso en cuarto mayor si tal hubiese sido mi deseo.

Asombrado quedé de lo que sabía aquel hombre del Thibet, y de sus pintorescos alrededores, y mi asombro subió hasta llegar á la estupefacción al ver que, tanto como del Thibet sabía Sánchez Frías de todo lo demás. En el curso de nuestra conversación se trató de todo lo humano y gran parte de lo divino, y en cuanto divino y humano fué

LAS INGENUAS



—¡Que vas á casa de tu hermana!... ¿Y quieres que yo lo crea? ¿Quieres que yo mismo te diga dónde vas á ir?

—No hace falta. ¡Ya lo sé yo!...

tratado, demostró mi interlocutor un absoluto conocimiento y un completo dominio.

De Historia, por ejemplo, que es, si no mi fuerte, al menos mi contrafuerte, ya que con ella piso haciendo mi marcha hacia la gloria y la fortuna, resultó que sabía Sánchez Frías más que yo. Había yo dicho que Juana II de Nápoles, una reina que floreció ¡y dió fruto! en el siglo XIV, mató á su esposo, Andrés de Hungría, atizándole jicarazo, y refutó mi aserto Sánchez Frías, probándome que Juana no envenenó á su marido, sino que le estranguló y con un cordón de seda tejido por sus propias manos. ¡Ya veis si la diferencia es notable! La asesina del húngaro Andrés no fué envenenadora: fué estranguladora. Y yo la había acusado de envenenadora injustamente.

Prometí á Sánchez Frías reparar mi error por honrar tanto á la verdad como á Juana de Nápoles, y me despedí de él felicitándole por sus extensísimos conocimientos. Sin embargo, no estaba convencido aún de lo absoluto del saber de aquel hombre. Una duda tenía que hube de comunicar á mi acompañante, apenas abandonamos la morada del sabio.

Fué que mi amigo me dijo:

—Lo sabe todo este hombre admirable, ¿verdad?... No hay sobre la faz del planeta nada que ignore Sánchez Frías.

Y yo, asiendo la ocasión por los cabellos, me apresuré á contestar:

—Todo, no. No sabe que su esposa se la pega contigo.

—¿No ha de saberlo?...—atajó mi amigo—. ¡Claro que lo sabe!

—¡Ah! ¿Pero lo sabe?..

—Sí, lo sabe; ¡y no le importa!..

Así acabé de convencerme de la absoluta, completa, insuperable sapiencia de Sánchez Frías. Sabe ese hombre admirable, hasta que su mujer se la pega. ¡Y además no le importa!... Se trata, como veis, de un verdadero sabio.

LUIS DE OTEYZA.



LA LECCION DE LA EXPERIENCIA

I

Corazón : sufre el dolor
de ver cómo, en la jornada,
te valió de poco ó nada
ser noble contra el Amor.

Hermano : la vida es dura,
y para vencer la vida
debemos llevar ceñida
contra el pecho la armadura.

Desnudo como un lucero,
y sobre potro piafante,
te vi marchar arrogante
por el florido sendero.

Y esperé, sufriendo loco,
la vuelta de tu partida,
porque sé que en esta vida
ser noble sirve de poco.

Y, al fin, de la lucha fiera,
tornó tu corcel cansado,
y sin brillo el engallado
plumaje de tu quimera.

Tu sombra, mustia, traía
herido el pecho de abrojos,
y en el mirar de los ojos
la señal de tu agonía.

Corazón : la vida es dura,
y para vencer la vida

debemos llevar ceñida
contra el pecho la armadura.

Que el Amor es implacable



sierpe que en sombras acecha,
aguda y traidora flecha
que nos llega inevitable.

II

Voy, hermano, de jornada, que el bosque está florecido,
y está mi loca jauría de tanto ulular deshecha ;
témplame un arco tirante y afila una aguda flecha,
que por ir tras de la caza ya me siento enardecido.

Prepara el corcel brioso que tiene sueltas las crines,
que tiene el casco sonoro de rudo pisar violento,
y en los ijares prendidas las leves alas del viento,
y en la voz de sus relinchos las notas de los clarines.

¿Y adónde partes, hermano, con tal ceño y de esa suerte,
que, más que de caza, finges ir en busca de la muerte,
ceñido de fieras armas y á la grupa de un bridón?

Voy, hermano, de este modo, como á una lid concertada,
 porque me espera emboscado para darme muerte airada,
 con las iras de sus flechas, un violento corazón.

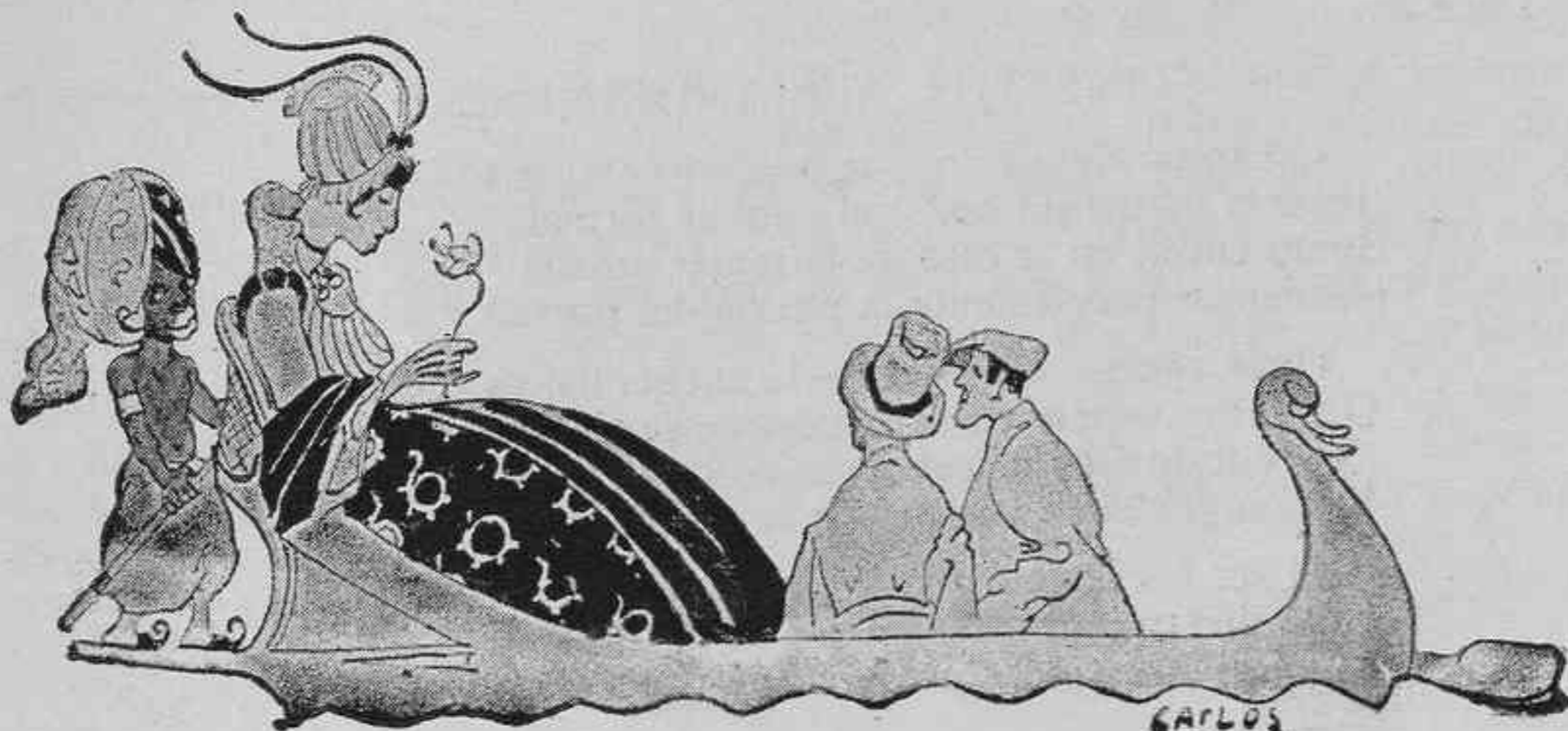


CARIOS



Y como sé que esas flechas tienen sus filos mortales,
 para no verme caído,
 me lo enseñó la experiencia, quiero partir prevenido
 llevando filos iguales.

FERNANDO LOPEZ MARTIN.



CARLOS

Ensayo poético, con todo

Sr. Director de La Hoja de Parra

Donde se halle.

Como todos los años, me molesta usted, ilustre amigo, con la petición de original para su semanario.

«Que sea una cosa «alegrita» — me recomienda usted —, «alegrita»...; pero que no le excite al señor fiscal...»

La última salvedad, impepinable camarada, pudo usted ahorrársela. ¿Con quién me confunde?...

Debiera yo, en justo pago á su falta de tacto, no enviarle nada; pero me coge usted en buen momento. Tiene usted, decididamente, suerte.

En estos días, hago mis primeros ensayos poéticos. La necesidad profesional de oír todos los discursos que pronunció el general Echagüe en defensa de sus reformas ha despertado en mí la afición á la Poesía.

Tengo casi acabadas unas «Ordenanzas del Ejército» en verso libre y un «Manual de Administración Militar» en endecasílabos que son dos maravillas. Pero son largas, y me han asegurado que á usted no le gustan las cosas largas. Lo siento, porque se las colocaría.

Decidido, no obstante, á no dar nada en prosa, le adjunto un soneto en alejandrinos que ha merecido elogios sin tasa de cuantos le conocen, incluso Luis de Oteyza.

Dice así:

«SONETITO ALEJANDRINESCO»

«Al sonar de las doce la postrer campanada»
(Justa la media noche, si el reloj es formal),
Suelo entrar en la casa de la mujer amada
(Abriendo previamente la puerta del portal).

Unas veces—las menos—la encuetro ya acostada;
Otras, me espera en vela, porque se siente mal.
(Sufre todos los meses recio dolor de ijada,
Y no logra dormirse ni con el sulfonal).

Al ser las doce y cinco, ya acaricia su diestra
(Una diestra tan diestra, que os juro ser maestra)
El pequeño regalo que la suelo ofrecer.

Y al dar las doce y cuarto (minuto más ó menos)
Entrambos (los más puros donde los haya buenos),
Hacemos lo que ustedes se pueden suponer.»

Ustedes—usted, señor director de *La Hoja de Parra*, y usted, señor fiscal de S. M.—no están autorizados á penetrar en mi intención. Ustedes

no pueden torcémela. «Lo que ustedes se pueden suponer» que yo hago con mi amada á las doce y cuarto de la noche es dormir. A esas horas, las personas honestas dormimos.

Si en mi admirable soneto hubiera querido aludir á otras de las muchas cosas que un hombre puede ejecutar con su dama, lo hubiera escrito con toda claridad.

Fíjense ustedes que el tercer verso del primer terceto, aquel que dice lapidariamente:

«El pequeño rega'lo que la suelo ofrecer»,
me brindaba ocasión de lucir mi riqueza de cononantes. Y la he desaprovechado en aras de la pulcritud. Es un verso que, además, me acredita de modesto. El regalo cotidiano que ofrezco á mi adorada no es tan pequeño, ¡qué diantre! Lo que buenamente puedo «dar de sí»...

Y en el resto del soneto hago gala de mis bellas cualidades. Doy un bombo espontáneo al Sulfonal, producto de la predilección del doctor Ortiz de Pinedo; aludo á la buena marcha de los relojes, que es cosa,

—Gracias, público amable, gracias. ¡Ya sé que todo lo que soy se lo debo á mis piernas!

en verdad, difícil de garantizar sin un sano optimismo; dejo dicho, tácticamente, que los poetas estamos obligados á entrar en casa de nuestras amadas por el portal y no por las ventanas, como lo hacían los enamorados que lo estuvieron en los buenos tiempos anteriores á la feliz institución de los serenos...

Deleito é instruyo, en una palabra.

Creo, señor Director, que en estos «Ensayos poéticos» merezco su ayuda.

Si le parece bien la cosa, écheme una manita... y... ¡arriba!...

LEOPOLDO BEJARANO.

LAS BAILARINAS



SIMBOLISMOS



A el escritor americano y gran
amigo mio E. Jones Gustafson
Maleos

DE LA PANZA SALE LA DANZA, Y AL CONTRARIO...

LA TÍA NICOLASA

I

Ignoro de qué medios se valdría aquel demonio de teniente para conseguir del *fiera* de su coronel una licencia por un mes, y de don

PROCEDIMIENTOS



—¡Hay que ver! Pa «to» el mundo tengo el bolsillo cerrado menos para mi mujer. En cambio, mi mujer, que lo tiene abierto pa «to» el mundo, lo «lié» cerrado «pa» mí.

Lesmes, acreditado prestamista, la respetable cantidad de quinientas pesetas; y que ambas cosas logró, es indudable, pues no se explica de otra forma su viaje á Aguas-Buenas, balneario en donde esperaba curar de cierto padecimiento del estómago.

¡Y menudo *pisto* se daba Javierio Vázquez—tal era el nombre del teniente—paseando su vistoso uniforme entre los concurrentes al establecimiento termal! Más de una niña clorótica había puesto en él los ojos, y más de una jamona de buen ver suspiraba por su gallardo continente. Pero Javier guardaba toda su atención para Nieves Igurchorena, preciosa muñeca casada con un ventrudo saco de billetes de Banco conocido por el nombre de don Juan de Echerricumberri y Guardoechevarreta.

Nieves era muy bonita, simpática, amable, aunque no tanto como el teniente deseara, y mucho más honrada que se figuró el oficial; consintió el *flirt* propuesto por Javier, siempre que aquello no pasase de una franca amistad. «Ella era una mujer honrada que no tenía por qué faltar á su marido.»

Pero ocurrió que un día recibió el señor de Echerricumberri y Guardoechevarreta un telegrama de Madrid, anunciándole que el éxito de uno de sus mejores negocios peligraba sin su presencia en la Corte. Y don Juan tomó el rápido..., y Javierito Vázquez, el desquite.

II

Era la tarde. Hacía una hora que don Juan de Echerri..., etc., etc., había

marchado. Nieves y Javier paseaban juntos bordeando el bosque de los Sauces.

A las sonrisas y á las miradas habían sucedido los apretujones (frase algo grosera, pero muy gráfica) y algún que otro conato de ósculo. Nieves reprendía al teniente sus atrevimientos, encomiándole las ventajas de una franca amistad..., y le dejaba hacer. Javierito logró deslizar su brazo en torno del talle de Nieves; robó luego un beso en la nuca, y cuando intentaba repetir el delito sobre una de las frescas mejillas de Nieves (¡claro!: si eran de Nieves, forzosamente habían de ser hermosas), sonó á sus espaldas una voz cascada:

—¡Nieves! ¡Nievecitas!

Volviéron los dos la cabeza, y vieron á pocos pasos una señora de proveccta edad que reflejaba en su semblante el asombro y la alegría.

—¡Mi tía Nicolasa! — exclamó por lo bajo Nieves, presa de angustioso terror—. ¡Buena la hemos hecho!

—¿Pero no me conoces, Nievecitas? — preguntó aquella señora extrañada del silencio de su sobrina.

—Sí, tiita. Es que la emoción... ¿Quién iba á figurarse que te encontraríamos por estos andurriales?

—Pues muy sencillo. Estoy pasando una temporada en mi posesión de los Sauces, á dos kilómetros de aquí, y he salido esta tarde á dar un paseo en coche. Al llegar cerca del

CAMBIO DE PLAN



Max Lindler

—Te llevo adonde quieras. ¿Quieres que te lleve á la Ópera?

—No; estoy cansada y me voy á la cama.

—Entonces, no te llevo.

bosque, os he visto. Mandé parar; di una carrerita..., ¡y aquí estoy!

—Pues maldita la falta que hacías—arguyó *in menti* el oficial.

Tras de una brevísima pausa, repuso aquella señora:

—Pero ¿no me presentas á tu marido?

—¿A mi marido?—respondió Nieves echándose á temblar.

—Claro, á tu marido, á este caballero—dijo la tía señalando á Javier, que comenzaba á verlo todo negro.

—¡Ah!... Pues sí... Este es mi marido.

—¡Agua va!—masculló el teniente.

—Mujer, eso ya me lo figuro. ¿Con quién sino con él ibas á ir tan amartelada?

—¡Tía!...

—¡Señora!

—¡Pero si yo encuentro eso muy natural! Entre matrimonios bien avenidos, nada más lógico. De modo—agregó dirigiéndose á Javier—, que tengo el gusto de saludar á don Juan de Echerricumberri y Guardochevarreta.

—¡Trágame, Tierra!—imploró Javier. Pero el planeta no le tragó, y no tuvo más remedio que contestar:

—Servidor de usted. El gusto es mío.

—No sabe usted, caballero, la satisfacción que me causa el conocerle así.

—¿Así?

—Sí; así: tan joven, tan es-

belto..., tan guapo, y vistiendo ese honroso uniforme. A mí me dijeron que Nievitas se había casado con un hombre de muchos años que era gordo, ¡gordo!, y, además, ¡prestamista! ¡¡¡Un horror!!! Por eso digo que celebro encontrar en el esposo de mi querida Nieves una persona que me recuerda á mi difunto esposo, ¡ay!, al coronel Matalasera. Pero no hablemos de cosas tristes, y vámonos en busca de mi coche.

—¿Vamos?—subrayó Javier, temeroso de mayores males.

—¡Claro! Vosotros venís conmigo á «Los Sauces». Estáis allí el tiempo que gustéis, y... ¡Pedro! Acerca el coche.

La tía Nicolasa era una viuda cargada de dinero y del suficiente nú-

JUEZ Y PARTE



EL JOCKEY.—*Quítese usted de enmedio, que esa se la va á cargar por torpe.*

EL OTRO.—*Ya veremos cuál de los dos se la va á cargar.*

mero de años para poder esperar su fallecimiento en plazo breve, piadosamente pensando. Nieves sabía que era su única heredera, y cuando se casó, cuidó muy bien de no dar detalles á la tía por conocer su aversión á los gordos, su odio á los prestamistas y su indiferencia hacia los civiles. (No se crean aludidos los de la Benemérita Institución.)

En poco menos de media hora, llegamos á «Los Sauces». Nieves se esforzaba por halagar á la tía (era notorio que su renta pasaba de treinta mil pesetas), y para ello dejábala hablar á di creción, dándole la razón en todo, por saber que era este el mejor medio de agradarla. Charla, charlando, se hizo de noche, y... «La mesa está servida», dijo un criado, y tía y sobrinos pasaron al comedor. Pero cuando la cena acababa, el diablo, que todo lo enreda, organizó una formidable tormenta; y ¿cómo regresar al balneario con aquel tiempo?

—Todo está arreglado — dijo la tía Nicolasa —. Mercedes: prepara la alcoba del gabinete. Estos señores dormirán hoy bajo mi techo.

—¡Imposible! — exclamó Nieves, acordándose de aquello que «era una mujer honrada...», etc., etc.; y dirigió una fulminante mirada á Javierito,

implorando de su caballerosidad que no abusara de la situación.

—Pero ¿acaso vais á ponerlos en camino con semejante temporal? — respondió su tía —. Anda, Mercedes: prepara la cama.

—¡La cama! — exclamó Nieves horrorizada —. ¡No, no! — Y volvió á clavar sus ojos en los del oficial, como diciéndole: «Canalladas, no.»

PREGUNTAS TONTAS



—¿Pero te vas á lavar ahora?

—¡Tomal! Pues ¿cuándo?

—Después...

—Verá usted, tía—dijo Javier—. Nosotros acostumbramos á dormir separados, ¿sabe?

—¡Cómo!—rugió tía Nicolasa—. ¿Queréis hacerme creer que sois de esos maridos viciosos que todo lo sacrifican á la comodidad de no tener chiquillos?

PALABRAS MAYORES



I. L. — Vete en hora buena; y cuidado con lo que hablas, ¡que tú tienes la lengua muy larga!

ELLA.— Eso te ocurrirá á ti...

—Pero, tía... — insinuó el oficial.

—Nada, nada. ¡Mirad que os desheredo!

Aquello era grave. Si bien Javier no podía sustraerse á su costumbre de ser en todo un caballero, ¡eso de consentir que desheredaran á Nievécitas!...

La lluvia arreciaba. La tía fruncía cada vez más las cejas ante la indecisión de su sobrina. Ésta, por su parte, estaba conmovida por el rasgo del oficial..., y pensaba en las treinta mil pesetas de renta...

—Tienes razón, tiita—repuso, al fin, besuqueando á doña Nicolasa—. Vámonos á la cama.

Meses después, falleció la tía Nicolasa, y Nieves, que «adoraba á su marido», le entregó un legajo de títulos de la Deuda que ascendían á un considera-

ble número de pesetas. Poco tiempo después, dió á luz con toda felicidad un robusto varón. Todos decían que era la cara de su padre.

VICENTE VEGA.

Cristina

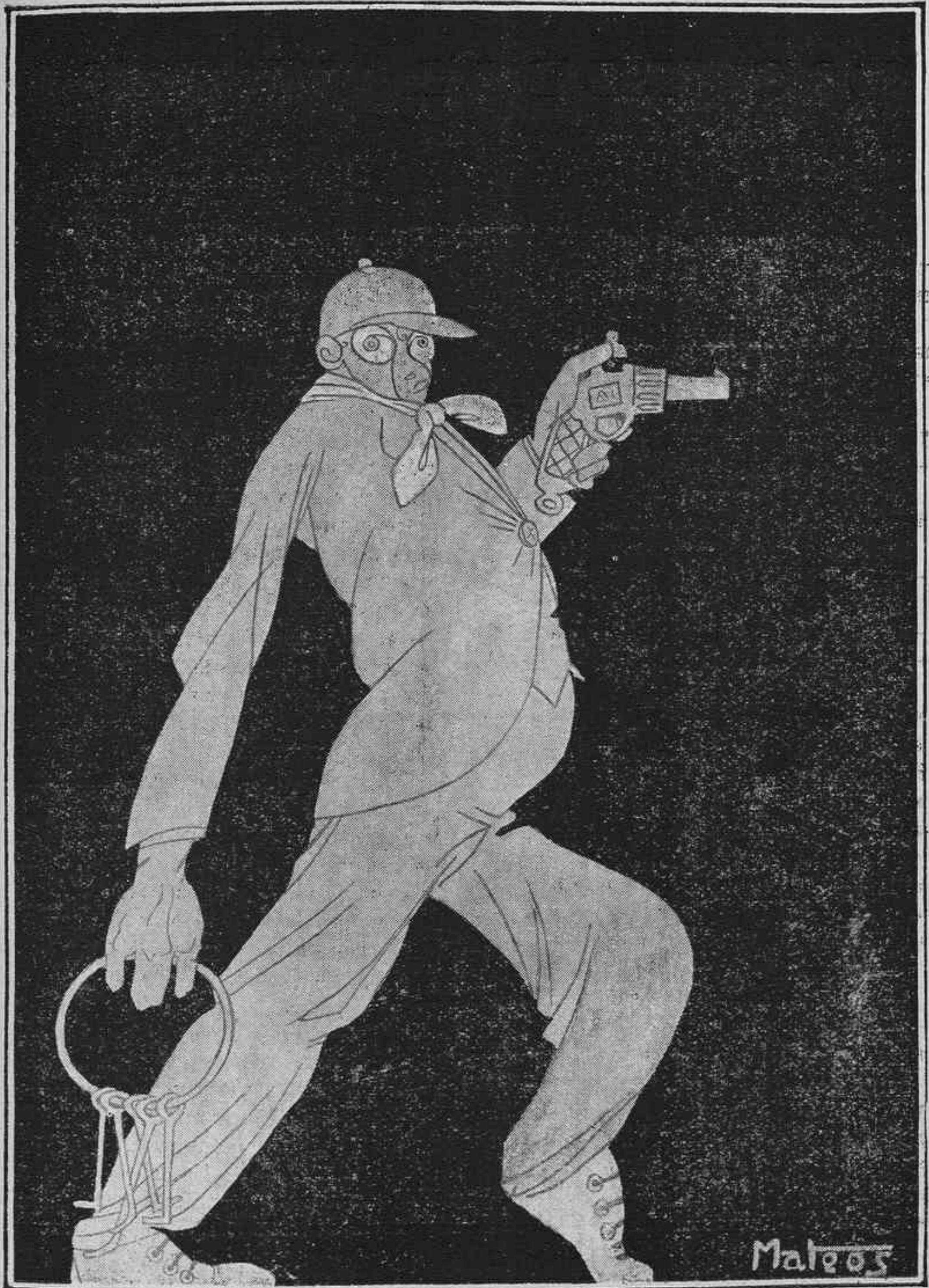
Nombre de reina tienes,
¡oh, loca reina mía!
Corona de tus sienas
teje tu fantasía.

Reinos, palacios, trenes,
galas, mi idolatría,
fiel á tus desdenes,

para tí presentía,
Y mi amor, personaje
de tu reino mentido,
te rindió un homenaje.

Que una reina ha querido
la novela de un paje
de un reino presentido.

F. VILLEGAS ESTRADA



He aquí un ejemplar de esos «apaches» de quienes suele decirse que «no se les pone nada por delante». Si es así, bastante desgracia tienen...

POR ERROR DE PISO

Como bajo mi desván
vive un ilustre señor
que, en Medicina, es doctor
y tiene el nombre de «Juan»,
hará un mes próximamente
entró á verme, equivocada,
cierta señora agraciada,
y hubo la escena siguiente :
—¿Está don Juan?

—Estoy, sí.

Adelante.

—Servidora

—Tome usted asiento, señora.

¿Qué desea usted de mí?

—La puerta, ¿está bien cerrada?

—Sí, señora.

—Pues usted

va á enterarse de lo que
le ocurre á esta desgraciada.

Hace unos días advierto
punzadas en el... (de fijo
sabe el lector dónde dijo),
y como ignoro si es cierto
lo que me han dicho hasta ahora
seis ó siete matasanos,
vengo á ponerme en las manos
de usted.

—Mil gracias, señora.

—Mi rubor es evidente ;
mas yo, ante todo, quisiera
que usted me reconociera,
pero detenidamente,
pues yo sé bien, á mi modo,
que, igual que á los confesores,
sin reparo á los doctores
se les puede mostrar todo.—

La oí ; no supe qué hacer,
y me pregunté en mi duda :
«¿Qué hago? ¿Contemplo desnuda
á esta preciosa mujer,
ó la digo que está errada,
que yo nunca fui doctor,

que se largue, por favor...
y que no me enseñe nada?»
Pronto el caso resolví :
el diablo, al fin, me tentó,
la paciente se entregó
y yo la reconocí ;
mas con tal detenimiento,
por delante y por detrás,
que tres horas ó algo más
duró el reconocimiento.
(Por supuesto, lo hice yo
sólo por curiosidad,
que en mí no había maldad
ni Cristo que lo fundó.)
Se acicaló la señora ;
la receté una bobada,
fué á pagar, no quise nada,
se despidió... y hasta ahora.

.....
Más tarde, el dolor cruel
la obligó á ver á un doctor
amigo mío y, ¡horror !,
se descubrió mi pastel ;
y aunque ella con indulgencia
me juzga, está avergonzada
de haber sido examinada
por un profano á la ciencia.

.....
Pasó tiempo. En un tranvía
la encuentro el martes pasado,
y, entre cortés y abroncado,
la digo : —Señora mía :
olvidó usted al momento
aquello, ¿verdad? Lo sé.
¡ Muchas gracias ; cuente usted
con mi «reconocimiento» !—
Y ella como un rayo salta :
—¿ Otra vez usted?... ¡ Canela !
Reconozca usted á su abuela,
porque á mí no me hace falta.

JUAN PEREZ ZUNIGA.

AL ALIMON

Mi queridísimo amigo el Director de *La Hoja de Parra* me ha dicho, después de ponerme en conocimiento de que tenía en prensa el Almanaque de su revista:

— Me escribirás un artículo referente al baile español; y, además, no olvides que deseo que digas algo de Pastora Imperio, La Argentinita, La Argentina y La Miralles relacionado con dicho asunto.

Le respondo que eso equivale á perder una neutralidad que deseo conservar. Insiste; cedo; y yo, abusando del cariño que me profesa el maestro Aroca, le complico para escribir «al alimón» el citado artículo.

Y dice Aroca:

— No he visto bailar á la madre de la Imperio, ni á la de los Gallos, poco, muy poco, he visto á la Macarrona; pero dudo que todas ellas hayan tenido un «bruceo» más castizo, más artístico que el de Pastora. A mi entender, el garrotín gitano de Pastora no lo puede mejorar:



La Miralles.



«La Argentina».

mejor dicho, no puede igualarlo nadie. La figura de Pastora da idea de la musa del baile tomando vida en el cuerpo de una gitana.

Suscribo lo expuesto por Aroca de la inimitable Pastora Imperio. Cambiamos de terreno, y digo yo:

— Mi buen amigo Pepe Jiménez, gerente del Salón Novedades, de Sevilla, afirma que La Argentinita es una admirable bailarina «de fino». El voto del amigo Jiménez es un voto de calidad.

La Argentinita ha tenido el buen gusto de elegir para sus bailes dos páginas musicales de gran belleza: la «Serenata española» y «Sevilla», del malogrado Albéniz; y en esos bailes de pañillos, resulta Encarnita insuperable. Permite, lector, que repita la palabra: insuperable.

Aroca se muestra conforme conmigo; toma la pluma, y entonces, yo le ruego que me permita alterar el turno, ya que de tal modo puedo satisfacer un deseo antiguo: decir algo de La Argentina.

Tiene La Argentina la equivocada creencia de que su arte no es de mi agrado; y yo voy á intentar desvanecer esa creencia.

La Argentina es una bailarina prodigiosa. La dificultad de ritmar las castañuelas en números musicales como la serenata de Rucker ó las danzas de Grieg, es enorme; y ella ha vencido tal dificultad; pero yo desearía que esos esfuerzos se inclinasen del lado de lo nuestro, de lo típicamente nacional; y La Argentina, tan pronto como se lo proponga, ha de encontrar páginas musicales de solera española dignas de las exquisiteces de su arte.

—¿Conformes, Aroca?

—Admirable.

—¿Lo que digo?

—La Argentina.

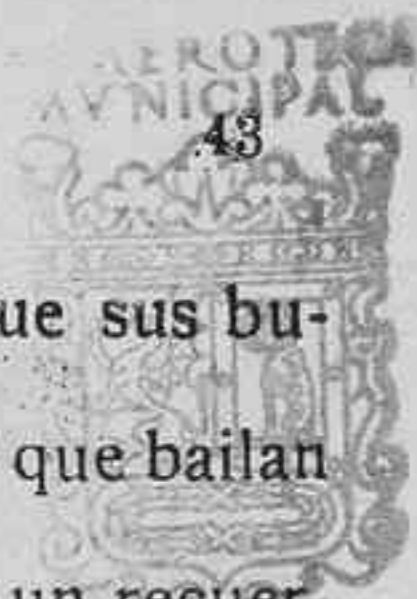
Toma Aroca la pluma, y vean ustedes lo que dice el maestro:

—No comprendo por qué el Director de *La Hoja de Parra* tiene empeño en incluir á La Miralles en el número de bailarinas. Esta artista, vuelvo á repetir lo di ho mil veces, es una excelente cancionista que tiene la habilidad de bailar. No es esta ocasión adecuada para exponer los indiscutibles méritos de La Miralles como cancionista: sería salirnos de la cuestión, y, además, la circunstancia de ser discípula mía me veda tratar ahora de ello.

Claro es que domina el baile hasta el punto de interpretar la



Rosarito Vega.



«Tana», que escribí para ella, con estilo irreprochable, y que sus bulerías...

—Sus bulerías—le interrumpo yo—tienen el sello de las que bailan las gitanillas en Triana.

—Y ya que de estilo gitano se trata, es de justicia dedicar un recuerdo á Rosarito Vega, que es una de las «enteradas» de estos menesteres del baile.

Ahora, yo, por mi cuenta, añado para final, dirigiéndome á las cinco artistas citadas: Ustedes pueden coadyuvar al resurgimiento del baile español; más aún: ustedes, por su cualidad de artistas españolas, están obligadas á ello.

Las «Manchegas», el «Fandanguillo», la «Tana», la «Chacona» y otros bailes de gran belleza, escritos por Aroca, son páginas musicales que deben figurar siempre en sus repertorios respectivos. Y hago constar que no cobro comisión por el consejo.

Todos los bailes populares de reigambre española rememoran la antigua «Zarabanda», la «Chacona» y el «Antón Colorado», que datan del siglo xvi.

El «Ole» y la «Tana» son descendientes legítimos de la «Zarabanda», baile que dió lugar á excomuniones, y que llegó á ser prohibido por los Consejos.

En la «Gallarda», el «Bran de Inglaterra», la «Pavana», la «Haya» y otras danzas antiguas españolas, eran de admirar la soltura y batir de pies de sus ejecutantes, y la galanura de los paseo de las mismas. Sin embargo, faltaba en aquellas danzas la alegría que infiltró el espíritu popular en la «Zarabanda», la «Chacona», el «Ole», la «Tana», el «Zorongó», el «Fandanguillo», el «Charandé», el «Cachirullo», el «Bolero» y tantos otros bailes injustamente olvidados.

Repito, admirables artistas, que están ustedes obligadas á coadyuvar al resurgimiento del baile español. Pero tengan muy presente que son contados los músicos capaces de escribir bailes de indiscutible reigambre española; y que se exponen ustedes á que figure en sus repertorios con el título del «Charandé», por ejemplo, una página musical que no sea otra cosa que una habanera ó un tango argentino.



Jerónimo Gómez.



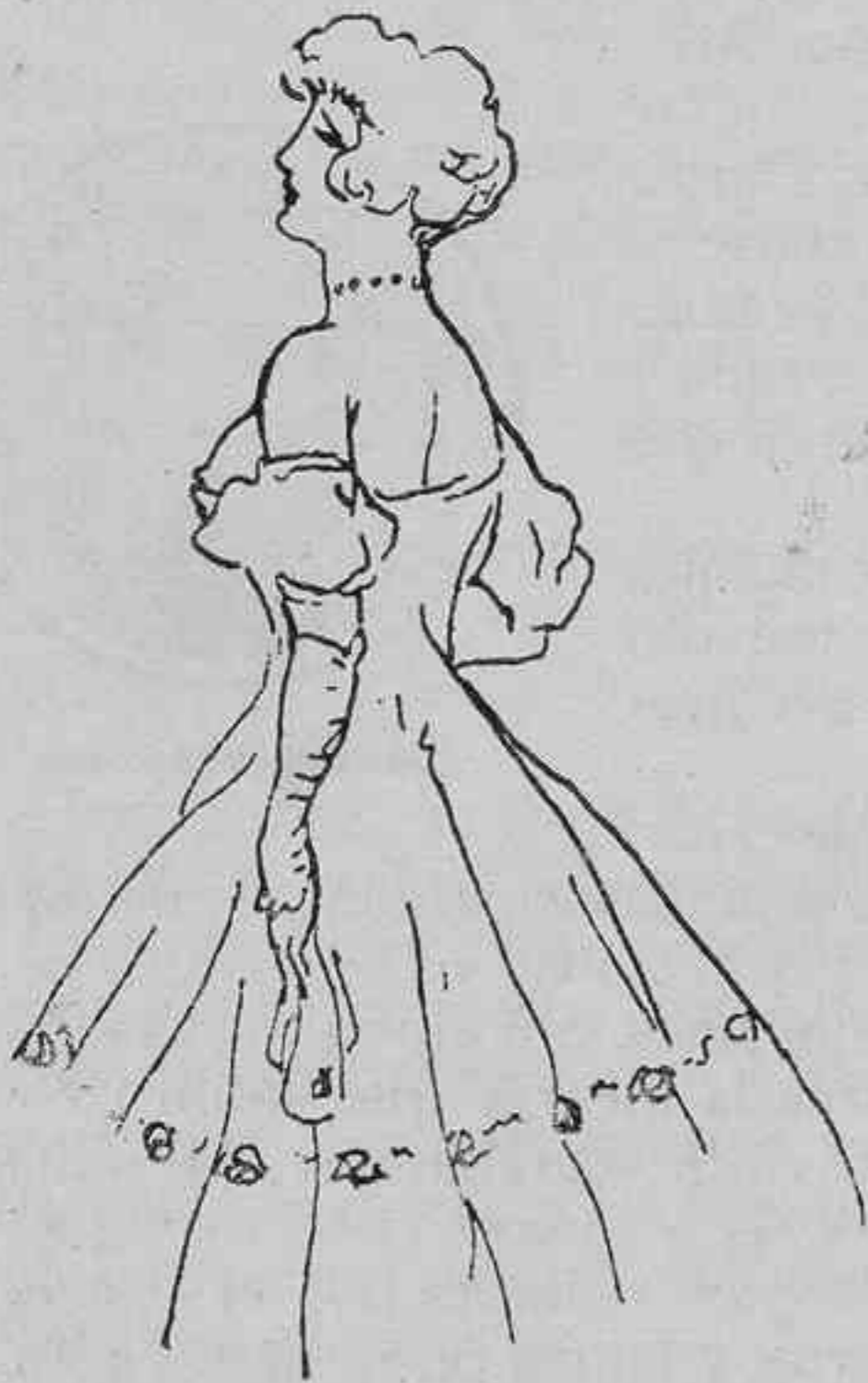
Maestro Aroca.

JERÓNIMO GÓMEZ.

Canciones de Año Nuevo

ROSA FRESCA

Rosa fresca, rosa fresca
en el rosal de mi amor...
¡En el rosal te has secado
sin que te cortara yo!



CARLOS

Mujer, mujer en quien puse
el alma y el corazón,
¡sin que yo te diera un beso,
tu juventud se pasó!

Cada Año Nuevo que llega,
llega por mal de los dos,
que, al blanquear tus cabellos,
me ennegrece el corazón.
Cada Año Nuevo que llega

se nos va algun viejo amor.
¡Cada Año Nuevo que pasa,
pasa un nuevo enterrador!

Las niñas, jugando al corro
delante de tu balcón,
cantarán, como otros años,
dando sus trenzas al Sol:

«El día de Año Nuevo,
por la mañana,
bautizaron á Cristo
con agua clara.

¡Ay, amor mío,
tú eres el agua clara
de mi bautismo!»

Tú, melancólica mía,
escucharás la canción
pensando en aquel bautismo
que nunca se realizó.
A flor de labio te tuve
y el beso aquel no estalló;
y cada vez que lo pienso
se me parte el corazón!

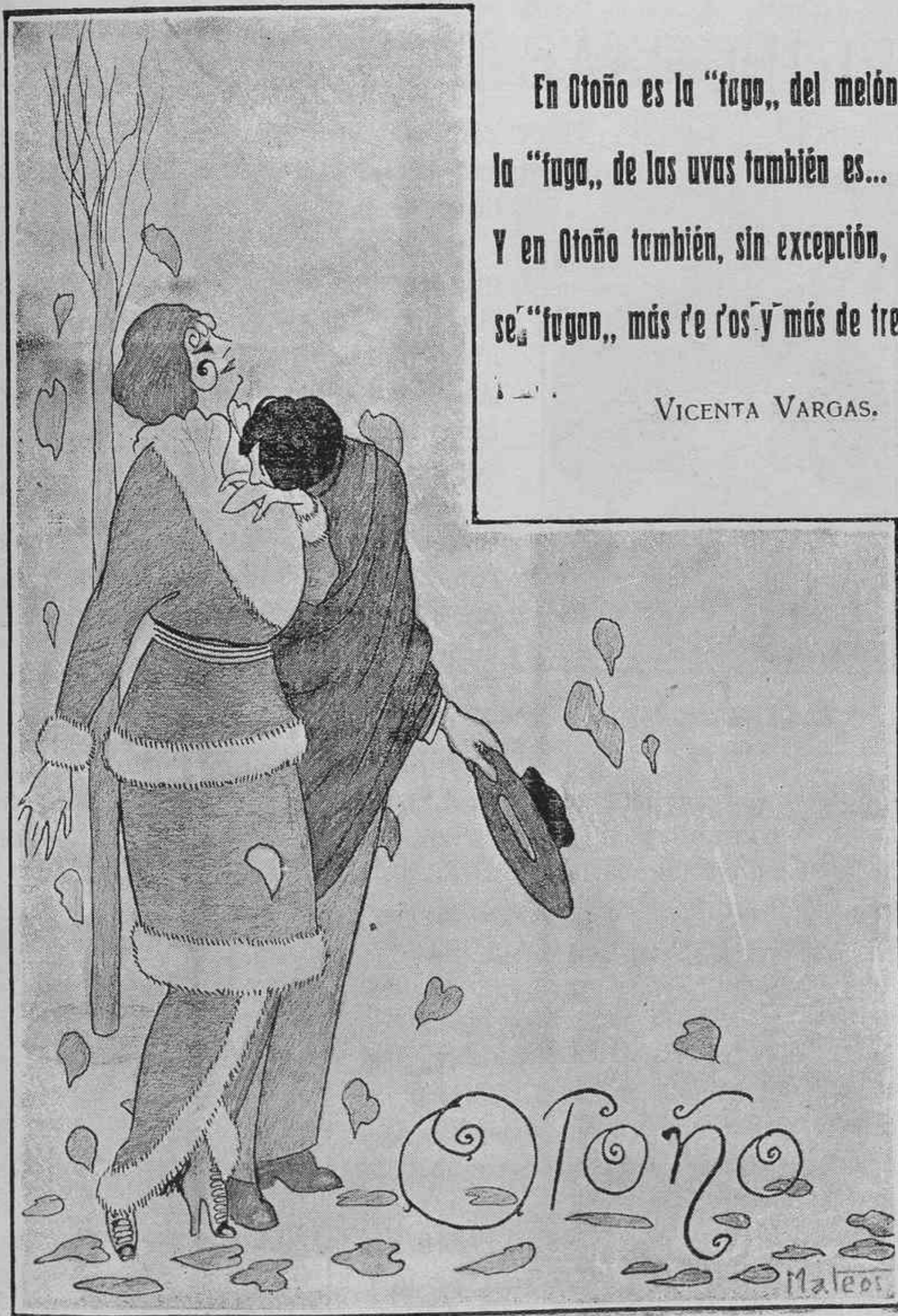
Rosa fresca, rosa fresca
en el rosal de mi amor,
¡en el rosal te has secado,
sin que te cortara yo!

CRISTÓBAL DE CASTRO



En Otoño es la "fuga,, del melón;
la "fuga,, de las uvas también es...
Y en Otoño también, sin excepción,
se "fugan,, más de ros y más de tres.

VICENTA VARGAS.



PRINCESAS DEL "COUplet",

¡Poderoso encanto este del *couplet*, que sobre nuestras vidas pone un poco de frivolidad, descargándolas por un instante del terrible fardo de las penas!



Ivonne de Fleuriel.

moderna, que pudiera compararse, por lo sutil, con una sonrisa, con una flor, con un lazo... Princesas del *couplet* son hoy, en Italia, Ivonne de Fleuriel, esa mujer de rostro de diablesa, de flexible gesto, de ojos ardientes, de boca incitante, de figura de estatua, que siente el *couplet* como ninguna otra italiana, y lo dice con la mayor justeza.

En Francia, Nita-Jo, alta, rubia, con la cadencia de las mujeres de París, y que sus canciones, un poco canallas, salen de sus labios limpias como el cristal, perfectamente dichas y sentidas.

Y en España, la soberana de soberanas, Raquel Meller, la única... Raquel reúne en su arte prodigioso todos los encantos, todas las especialidades de todas las grandes artistas que han sido... La

Nosotros, que, como la canción alegre, tenemos el privilegio de desarruga: el ceño de las gentes desde esta condenada *Hoja de Parra*, estimamos con toda sinceridad á esas divinas muñequitas de carne que con tanto acierto cultivan el arte del *couplet*.

¿Que no es arte el *couplet*?... No lo será cuando la pícara canción, hecha como para cosquillar en la medula, esté puesta en labios de mujeres groseras torpes de gesto, sin sentido de la estética y de la elegancia; pero lo será siempre si la cantatriz tiene gentileza, gracia, *chic*, ese perfume espiritual de la mujer



Nita-Jo.



Raquel Meller.



Emilia Piñol.

voz, la mímica, la belleza, el sentimiento, la picardía, la flexibilidad, la transición, el ambiente...: todo lo que se necesita para crear una de esas canciones encantadoras, lo posee Raquel como una millonaria de facultades artísticas.

Después de señalar las tres princesas del *coup'et* en Italia, Francia



Sivira Ferrero.



«La Favorita».



«La Goya»

y España, recordemos algunos nombres de nuestras mejores cancionistas.

Aurorita, *La Goya*, cuyos resonantes triunfos en Buenos Aires llegan hasta nosotros, confirmando lo que ya dijimos aquí de su manera de decir *couplets*.

Emilia Benito, alma y sostén de la canción española, que, con su voz vibrante y cálida, nos habla de Andalucía, la triste; de Aragón, la brava; de Valencia, la bella...

La Favorita, el verdadero modelo de la mujer madrileña, esbelta, de finas maneras, de elegancia extraordinaria... En arte, es la verdadera y auténtica sucesora de la llorada *Fornarina*; pero la gran Raquel Meller la ha hecho su discípula predilecta, y toca el género *naturalista* con un acierto indiscutible.

Elvira Ferrero es la dulce expresión de las bellas canciones del norte de España. Y como cupletista, una *diseusse* muy interesante que recuerda siempre la escuela francesa.

Emilia Piñol, cancionista de belleza suma, de las más estimables entre las jóvenes artistas de la canción.

Vicenta Vargas, saladísima cancionista excéntrica, de hermosa figura, que da á sus canciones una picardía y una gracia que la hacen ser la primera de las excéntricas españolas.

Carmen Velasco, que, entre las artistas que han debutado en el año 1915, es la que más halagadoras promesas artísticas nos ha hecho. Pertenece al género de la *Fornarina*.

Y, por último, Mari-Focela, Manolita Fariñas, Bella Emilia y otras tantas, que son risueñas primaveras de este arte gentil...

Entre las bailarinas que se han deci-



Vicenta Vargas.

dido á cantar, siguiendo las huellas de Pastora Imperio, sobresale con una fuerza arrolladora La Miralles, bailarina estupenda, á quien juzga como cancionista su profesor, el maestro Aroca, de la siguiente manera:

—Después de *Fornarina*, no he tenido discípula ni más inteligente ni que mejor cante...



Recordar á nuestras mejores cupletistas era un deber. Ellas, como nosotros, saben la malicia de un chiste y el valor de una sonrisa...

Carmen Velasco.

ABEL AMADO.



LOS TOLERADOS



EL. —¿Qué postura te gusta más?

ELLA. —La de anoche...

Maura

La historia de un fleje de carro

Sí, señor: es verdad: yo no lo he dicho nunca, porque me parecía un poco ridículo; pero ya que tú, Antonio, me lo preguntas, ¿por qué lo he de ocultar? Testigos de esta verdad son Javier Altuna, de Fuenterrabía, y Manuel Orendeim, el ingeniero de San Sebastián.

Cuando me fui á la guerra el año pasado; es decir, cuando me fui á París, me llevé un aparato para hacer gimnasia. La gimnasia es la salud. Yo no podría vivir sin hacer gimnasia. Antes de salir de España, en Irún y en Fuenterrabía, estuve viviendo como un duque ocho días.

Para hacer gimnasia, me prestó Javier Altuna un fleje de carro que pesaba sesenta libras. Era un peso muy bien calibrado y muy cómodo.

El día que me marché á Francia lo metí conmigo en el vagón. —

Desembarqué en la estación de Austerlitz. Le dí á un mozo viejo el equipaje. Cuando le entregué el fleje, él creyó que era el bastón; lo cogió con menosprecio, y por poco se parte una muñeca.



[DON PRUDENCIO



Luego, en la calle de Petites Ecuries, número 27, donde yo vivía, hacía gimnasia con el fleje todas las mañanas.

Una de ellas, partí el espejo de luna de un boleo.

Salí escapado, sin desayunar. Y dejé abandonado el fleje.

Eso es todo. No tiene gracia; pero es más verdad que el nacimiento de Jesús de Nazareth.

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA. MADRID

Mi amiga

Tengo de amiga, de dueña,
una mujer toda sal.

Sabia la mano pequeña,
roja la boca sensual.

—

La más gitana del reino
de Andalucía la bella.
¡Yo soy el que la despeino!
¡Yo soy el que manda en ella!

—

¡Oh, los besos de su boca,
que dejan grato sabor!...
¡Oh, sus combates de amor,
cuando ruge y salta loca!

—

Sentir la húmeda furia
de sus dientes de marfil,
y el abrazo de lujuria
de su cuerpo de reptil.

—

Luego, cansado, doliente,
tendido á su lado verme,
y fumar pausadamente
en tanto que ella se duerme.

—

Mirar su pecho desnudo,
que tiembla, no sé de qué,
y admirar, lindo y menudo,
el milagro de su pie.

—

Y, ya rendido, cerrar
los ojos pensando aún...
y dormirme envuelto en un
delicioso malestar.

JUAN SPOTTORNO Y TOPETE.

Profesión de fe

Dios me guarde aquesta dama,
de genio tan despejado
como de corrida fama,
que la cama
viene á tener por estrado.

Guárdemela tan hermosa,
tan lozana y tan pulida
y á mi gusto tan rendida
y dadivosa,
como en mi amor consentida.

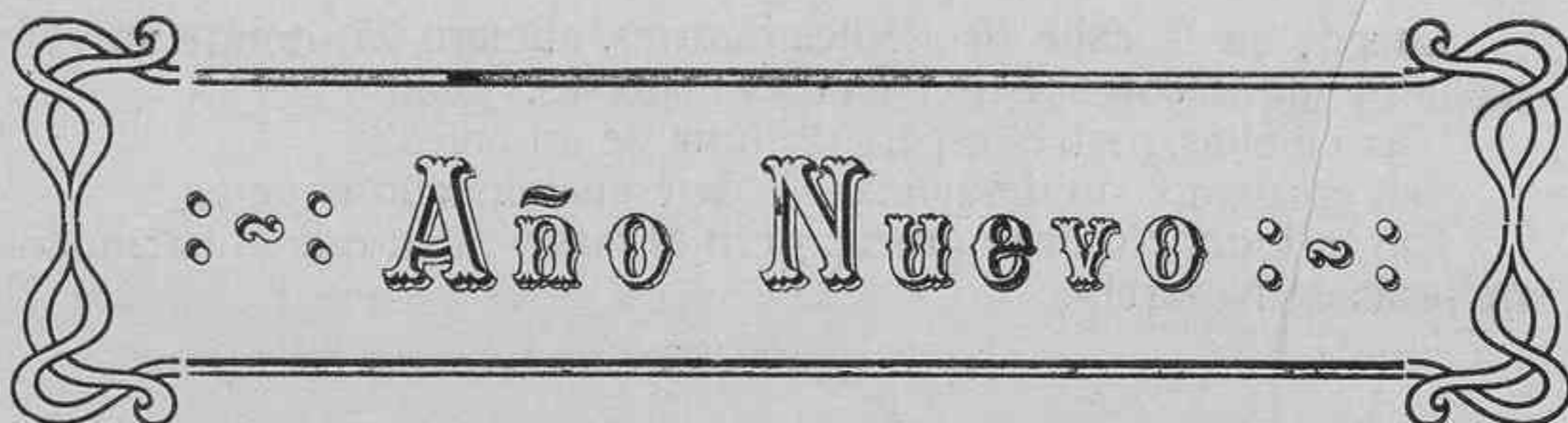
Tenga un viejo ginovés
para quitarse el desvelo
de los gabillos del mes,
si ella es
devota de mi martelo;

que no se me importa nada
porque el viejo venga á vella
y, pensando merecella,
gaste en ella
dos horas de una sentada.

Lléguese el diablo del viejo,
en faz de conquistador
(que yo de tal no me quejo,
no, señor),
á recoger lo que deajo.

Dios me guarde aquesta dama,
de genio tan despejado
como de corrida fama,
que la cama
viene á tener por estrado.

DIEGO SAN JOSE.



:~: Año Nuevo :~:

Eran las once y media de la noche del 31 de Diciembre. Noche fría y desapacible en que la escarcha entumecía los nervios y, filtrándose á través de la piel, helaba los músculos.

Media hora faltaba para despedir al extinto año y recibir al venidero, esperanzados en su prodiguez de ilusiones y fortuna, y que al transcurrir de los meses, trocaríase en desengaños y desencantos.

Pero nosotros, los madrileños, queríamos despedirle con la solemnidad y algazara de años remotos; y sin temor á la crudeza de la noche, nos preparamos á comer las prodigiosas doce uvas de la suerte, al compás de las doce campanadas del reloj del ministerio de la Gobernación.

De todas las calles afluentes á la Puerta del Sol emanaban los trasnochadores grupos de juerguistas, en tropel, ebrios de alegría y buen humor.

Entre el núcleo inmenso de almas que invadían la amplia glorieta, abrióse paso un largo cordón humano de seres de ambos sexos, en su mayoría jóvenes, amigos de jaranas y juergas, sabedores y duchos en el arte de hacer el gracioso, partidarios de las fiestas gratuitas, como ésta, y siempre acuciosos á volverse las chaquetas del revés, pintarse los rostros con carbón y lucir su ingenio y facultades caligráficas ostentando carteles con frases más ó menos graciosas.

«A ser soldado,
mi novio se ha marchado.
¡Qué desgraciada soy!...»

Así cantaban unas cuantas cigarreras y verduleras, con gritos desahorados y acompañando la canción con golpes de panderetas, almireces, latas, zambombas é instrumentos parecidos, molestos y ruidosos, pero clásicos.

«Dígame usted, castañera,
qué he de hacer «pa» que me quiera...»

—Mamá, tengo sueño—clamaba con voz hiposa un niño de unos ocho años, que iba de la mano de su madre, mujer de cariz feroz, surcado de arrugas profundas, labios mustios, saturados de beber, cabello desmelenado y vestiduras modestas.

—¡Aguántate! Más valiera que te hubieras «quedao» en casa con el

calzonazos de tu padre.—Y continuando los golpes en una sartén, repetía con voces chillonas que parecían de embriagada:

«Alirón, alirón, alirón, pon... pon... pon... pon...»

Al compás de cuyo insulso estribillo mecía su pesado cuerpo con colusiones lujuriantes, que producían al mismo tiempo hilaridad y compasión entre el público.

—¡Ay, papá! ¡Vámonos á casa!... No permanezcamos aquí más tiempo. ¿Qué dirían mis amiguitas las de Satillo, hijas de un general, si nos vieran mezclados con esta chusma imbécil y ridícula?

Esto decía una niña timorata y cursi, de ojos zahoríes y pelo rubio, á su padre, un señor muy respetuoso, de luengas barbas blancas, que había encanecido azacanaado siempre en el pupitre de una mesa curial de las Salesas, quien, recordando sus tiempos pretéritos, gustaba solazarse con las gracias grotescas del vulgo juvenil de los barrios bajos.

El padre, contrariando su voluntad y accediendo al ruego de la veleidosa y cursi muchacha, alejóse con ella hacia su domicilio.

—¡Papá, que me aprietan! ¡Grosero! ¡Sinvergüenza! ¡Tóquese usted las narices!— Estos denuestos dirigió á un pollo, estudiante, alto, cenceño, que con la mayor frescura se había propasado á ciertas investigaciones manuales, muy frecuentes en los «cines» y en las apreturas.

—¡Vaya usted á tocar á «La Cibebes»! ¡Estúpido!—dijo la ingenua muchacha á otro que se permitió las mismas expansiones del anterior.

—¡A *pierra* gorda el paquetel!... ¡Son las uvas de la buena suerte!...—vociferaban los vendedores ambulantes, mostrando al público su mercancía, consistente en doce uvas muy bien presentadas.

—¡Mi madre! ¡Tiene usted una boquita que parece un merengue!—piropeábala de esta forma un tipo grueso y rículo, de pelo enmarañado, cetrino, con cara de tagalo, que llevaba el cuerpo embutido en una blanca camisa de mujer, y en las manos, unas tapaderas de pucheros á

LA MISMA FALTA



—*Estoy resignado con mi desgracia; pero reconozco que me hace mucha falta un pie.*

—*Pues vea usted que á mí también me hace falta casi otro pie.*

modo de platillos, que revestíale de un aspecto carnavalesco que producía befa y ludibrio.

—¡Indecente! ¡Mamarracho! ¡Cómo se conoce que es su mujer quien tiene los pantalones!—respondió una chulilla madrileña y castiza de la calle de la Comadre.

—Por usted era yo capaz de andar en puntillas—volvió á piroppearla.

—¿Es usted encajero?

—Capaz de andar en puntillas por la verja del Viaducto.

—¡Ay, por Dios!... ¡Por Dios!... Iba á caer el «gordo» en la calle de Segovia.

Al ronco sonido de la bocina de un automóvil que hizo irrupción en la Puerta del Sol, siguieron una lluvia de frases malsonantes y silbidos en señal de protesta por la inoportuna presencia del vehículo.

Fué este un momento de verdadera ansiedad. Faltaban dos minutos para las doce; la multitud amorfa se hallaba en todo su auge; con las doce uvas preparadas, y como obedeciendo á un conjuro, todas las miradas se clavaban en la esfera luminosa del reloj del Ministerio, en espera de las lúgubres sonatinas.

La desolación fué tan grande como la ansiedad. Pasaron cinco minutos, y las manillas seguían paralizadas en el mismo sitio. Pronto, el torbellino caótico se dió cuenta de que los gobernantes le habían engañado, parando el reloj; pero no importaba...; y el pueblo, aunque algo contrariado por la burla, empezó á comer las uvas... á pesar de ser más de las doce.



Algunos extranjeros juzgarán esta fiesta de ridícula y tonta; mas... ¡qué se le va á hacer!: los madrileños somos así; pero no podemos prescindir del «Entierro de la Sardina» en Carnaval; de la «Cara de Dios» en Semana Santa; de ver el «Tenorio» y comer buñuelos y castañas el día de los Santos, y de hartarnos de uvas en Año Nuevo.

Y nunca mejor aplicada la frase vulgar: «En mi casa no comemos pero nos reímos mucho...»

MANUEL DOMÍNGUEZ.

Rimas

Entre el fango hediondo de la vida,
negro como el azar,
una piedra de nítidos fulgores
un día vi brillar.

Al fango me arrojé para cogerla;
mas con disgusto vi
que era falsa la joya que anhelaba,
y al fango la volvi.

Yo quise á una mujer con la locura
de idólatra pasión;

ella fingióme amar; y luego, impura,
hirió mi corazón;

y al ahogar entre olas de amargura
aquel fatal querer:

—Todo es mentira—dije—; todo es
la perla y la mujer. [falso:]

—
Necio es buscar la perla y la ternura
entre el fango mundial,
cual buscar la razón en la locura,
como buscar el bien dentro del mal.

JOSÉ MARÍA PORTELA.



Como las alpinistas
hay carambolas
que de puro sencillas
"se tiran solas".

VICENTA VARGAS



Mateos

R A M O N Í N

Ramonín camina aprisa por la bien cuidada carretera del Pas. Viene de Borleña, su pueblo natal, uno de los rincones más bellos de la montaña. En él deja á su padre y hermanos.

Ramonín tiene quince años; es de sana color. Su pelo es negro; su boca, fresca; sus labios son tan finos y rojos, que parecen de niña. Hay

PROMESAS



—Si fuera verdad que el señorito me apreciaba tanto, ya hubiese yo dejado de ser doncella en su casa.
—Desde mañana, no serás doncella. ¡Palabra!

una timidez femenina en su delgado y airoso cuerpo que lucha con lo fiero de su mirar. Ramonín tiene unos ojos grandes, negros, dominadores.

El *hombrin* camina aprisa; pero un algo que no sabe explicarse le para con frecuencia: unas veces es el rumor del río; otras, el canto de un mirlo que canta entre el ramaje de una cajiga; los jirones de niebla que se mecen en las altas crestas de las montañas, también. Cuando vuelve de su éxtasis, camina aprisa, y dice entre dientes:

—¡Castaneta!
¡Voy llegar tarde!...

Ramonín camina á Alceda. Allí le esperarán el hijo

de tía Quica y el nieto de Doro, el «Majo», que, como él, van para curas.

Camina y canta, sin darse de ello cuenta,

Entre Ontaneda y Alceda,
está.

¡Mírala,
qué resalada va!...

Su voz es suave, acariciadora. Un hombre que cruza junto á él dícele:

—Rapaz: no son esos los mejores maitines para un aprendiz de obispo.

Ramonín enmudece; aquel pasiego tiene razón: él no debe cantar ni sonreír siquiera: no está bien que un futuro sacerdote guste de mozas, ni de cantares que de mozas digan.

Sigue su camino.

El diablo, gozando en ello, pone otra vez en su boca más cantares. Ya el Sol se apaga; ya llega el rapaz al punto de destino; pero, ¡ay!, que el tren y con el tren sus camaradas salieron *camín* de Santander.

—¿Cómo fué el tren? — dice.

—Porque era su hora.

—¿Y no sale otro?

—Hoy, no. Mañana, de mañana, sí.

Ramonín piensa:

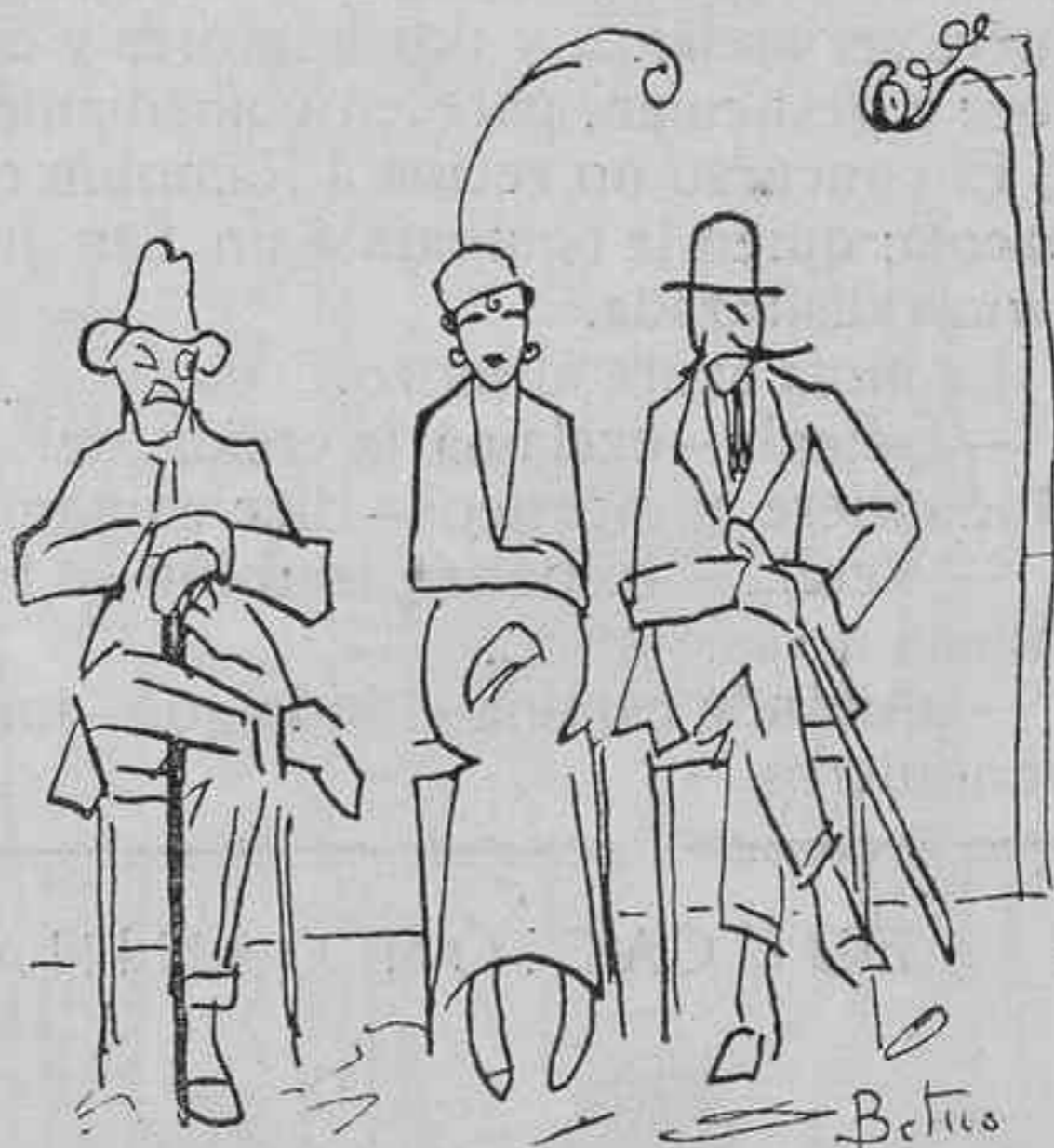
—¿Vuelvo al pueblo? No; está largo, y... ¡no! Aquí, en la posada, pasaré la noche.

De una mano á otra van sus escasas monedas con calculada lentitud. Pensativo, un tanto disgustado, sube al pueblo. En la plazoleta yergue su bella traza «El molino de la Flor»; junto á él, cantan y bailan las rapazas. ¡Qué bien lo hacen! ¡Cómo alborotan las sonajas del pandero!

Ramonín, aún no domado por la hipocresía, mira con placer á los danzarines. Un cantar le estremece, como estremecerle pudiera el pecado:

Junto á la iglesia de Arroes,
unos ojos negros vi;

NO HAY CASO, NI CASA



El de la derecha. —Pues, sí, yo me casaría con usted; pero no tengo mas que dos duros.

—¡Bah! Con dos duros no tiene usted ni para la cama.

de quién eran, no lo sé;
que me aprisionaron, sí.

Sigue la fiesta hasta muy entrada la noche.

En la posada adonde arriba también hay fiesta.

En derredor del hogar agrúpanse muchas personas: son queseros de Burgos, ladinos en el trato y ladronzuelos en el manejo de la balanza; unos gitanos canallas y embusteros; un gallofo que siendo vasco quiere ser andaluz, y dos hombres y dos mujeres que, por lo bien que dicen y gesticulan, parecen comediantes.

El concurso no recibe á Ramonín cual se merece: de su figura hacen chacota; quién le compara á un San Juanito sin borrego; quién, á una novicia disfrazada.

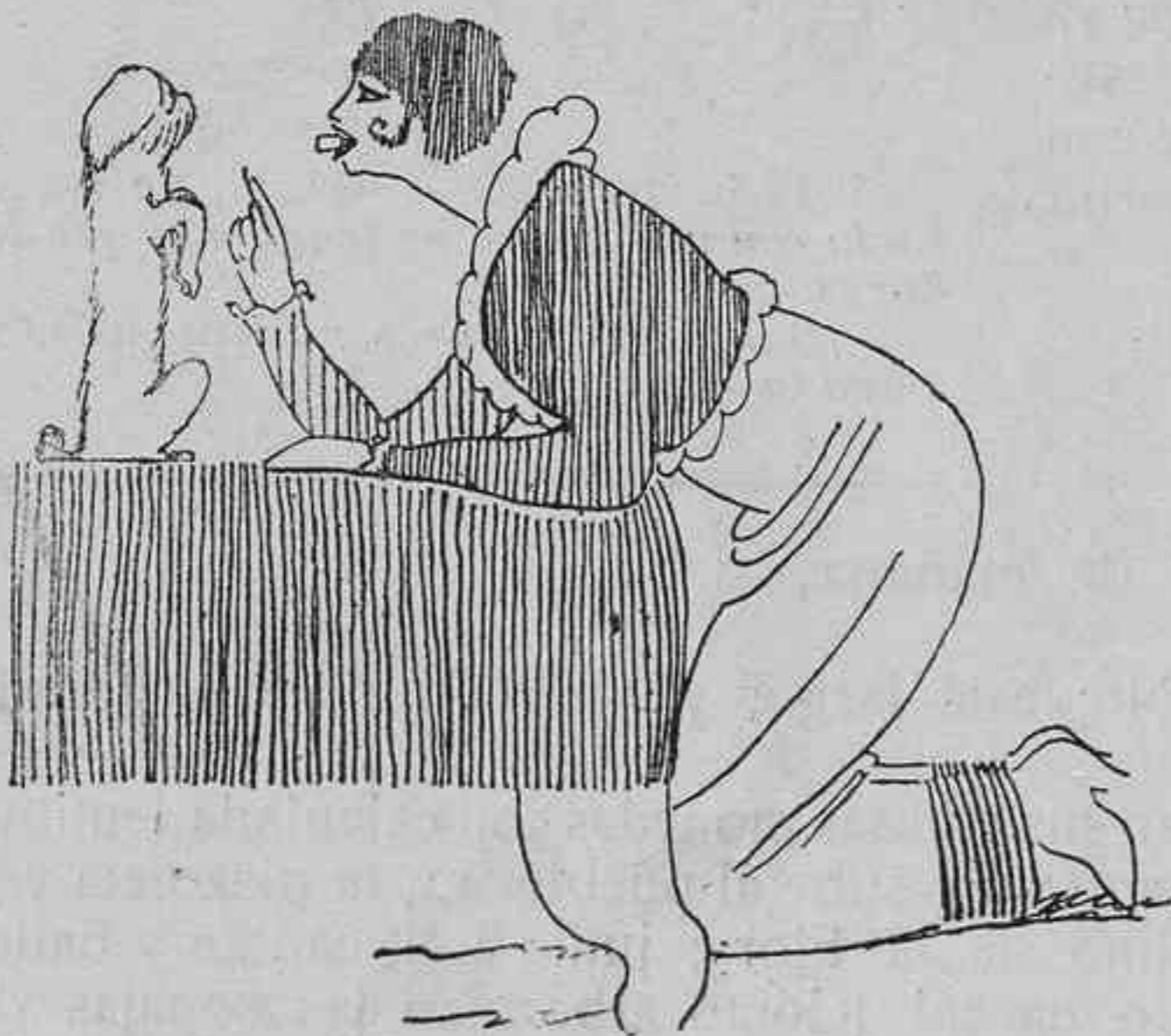
La moza azora al mozo.

—Déjenle—exclama la criada del mesón, que es rubia y blanca—. ¿Qué quiere el mozuco?—dice con amable decir.

—¡Verá!...—responde temblón—. He perdido el tren; y como hasta mañana no sale otro...

—¿Adónde camina el hidalgo?—interroga con énfasis uno de los faranduleros.

EDUCACIÓN CANINA



—Tómalo; pero no tienes que morderlo, ¿eh?

—Al seminario de Santander camino.

Burla igual no la oyeron nunca las ennegrecidas paredes de aquella posada.

Ramonín quiere responder, pero las risas le vencen, y todo desesperado, sale del zaguán.

La moza, aquella su garrida defensora, procura calmarle; tráele miel y vino de Rueda para que refresque, y miel pura en sus palabras y en sus ademanes.

No recuerda Ramonín haber escuchado nunca tales consuelos.

Viene la moza luego con cena bien sazonada, como nunca la comió el rapaz. Al servírsela, una charla gorjeadora y picaresca alegra su espíritu.

—¡Come, santo de Dios, que paeces un angelote...! (Mírale con ojos

DEL MOMENTO



- «... Que fueron sorprendidos en un momento crítico.»
- Por favor, guarda, perdónenos, porque el momento había pasado ya...

de ambrienta, y luego continúa:) Tienes, galán, muy señoritingo empaque, y ya te sale el bigotín, y tiés dos carrillos que paez dos pomos sonrosados. Pellízcale los brazos y las piernas; y el mozo ríe, y la mozanca le acaricia.

Acuéstase luego.

Nunca durmió en tan blanda almohada: las de «siempre» eran frías; las de ahora son de un color «así», entre nieve y ascua: que es la moza una pomposa madona de Rubens.

.....
 Cuando Ramonín despertó, unos ojos de mujer le miraron agradecidos; unas manos, no muy cuidadas, le hicieron caricias.

¿Que perdió el bien? ¡Claro! De aquella posada fué huésped muchos días; luego..., luego no se supo de Ramonín.

No volvió al seminario. Dijeron que por tierras de América paseó su guapa persona.

Pero no era verdad. Ramonín fué á la guerra; Ramonín murió en la lucha «¡como un héroe!», dijeron los cronistas.

¡Pobre Ramonín! Moriste cuando más fuerte eras. Unos besos de mujer te desviaron del buen camino.

Aquella mujer le recuerda y llora; yo la he visto; mis oídos lo han escuchado.

Un viejo labra su tierra con afán, y como una oración bien aprendida, dice entre sollozos, que son la mejor oración humana:

—¡Ay, hijuco mío! ¡Bobo fuiste yendo á la guerra! Tú, que tanto valías, que tan pícaro eras..., debiste «facerte» cura...

¡Pobre Ramonín!

FERNANDO MORA.

Cantares baturros

No sé qué tiene tu imagen;
 tu imagen no sé qué tiene:
 surco arriba, surco abajo,
 siempre la veo de frente.

—
 Dos cosas tiene postizas
 el «retor» de Valpinocho:
 un ojo, que es de cristal,
 y una sobrina, ¡que es de oro!

—
 Dicen que eres «propetaria»
 de un monte y de un olivar;
 y eres á más «mu» chismosa...
 (Esa es otra «propiedad».)

—
 «No lo quiero porque es tonto»

eso dices de soltera;
 pero «dimpués», de casada,
 «t'alegrarás» que lo sea.

—
 Te casaste tú creyendo
 que él tenía muchas minas,
 y ha «resultao» que no tiene
 mas que una «mu» chiquitica.

—
 Tú, que en el balcón sacudes
 la «ropica» de tu dueño,
 aprende las Ordenanzas
 y sacúdesela dentro.

—
 ¡Desperté cuando empezaba,
 «mañica», á soñar con «ti»!...
 El que es «desgraciau» no puede,
 ni soñando, ser feliz.

Luis SANZ FERRER.

VIDAS PARALELAS

Nuestro admirable fotograbador, Sr. Santos, ha tenido la bondad de remitirnos en último término los clichés de Paquita Escribano y Rodolfo Gaona.

Seguramente el buen Santos lo ha hecho sin intención; pero es lo cierto que entre ambos artistas existe un nexo, una semejanza, un paralelismo, en fin, que hasta en este nimio detalle— el del envío de los clichés— hace que sea imposible hablar de la una sin acordarse del otro.

Se trata, en efecto, de dos vidas paralelas. Tal vez, desde el punto de vista geométrico, no lo sean, porque las paralelas, por más que se prolonguen, nunca se encuentran, y la Escribano y Gaona acaso se encuentren en la Vicaría; pero desde el punto de vista artístico, sí que lo son.

Paquita Escribano, luchando con sus propias fuerzas, se ha impuesto al público, á un público que «era de otras artistas» gracias al imponderado bombo de algunos «plumíferos», que juzgan del Arte según la libertad que la artista les da en su trato... ¡Cuanta más libertad, mejor... artista!

Rodolfo Gaona encontró también la implacable hostilidad de la Afición, y también, por sus propias fuerzas, se ha impuesto. Todas las amarguras que esta perra vida ofrece al que todo ha de debérselo á sí mismo las han saboreado—si al cabo pueden «saborearse» las amarguras—la Escribano y Gaona. Pero, al fin, también han paladeado las mieles del triunfo; del triunfo verdadero, en el que sólo al interesado le cabe parte.



Yo conocí á Paquita Escribano en el Trianón Palace.

Entre bastidores, dos amigos veíamos la película proyectándose por el reverso del lienzo; veíamos además cómo (también por el reverso) un



anciano é ilustre redactor de un diario popularísimo acariciaba y era acariciado por una artista de «variétés» que no sé si también será ilustre.

Inicié yo un comentario picaresco; pero no pude terminarlo...

—¡Caballeros: está mal murmurar de una señorita!...

La que así nos amonestó era la propia Paquita Escribano, que, por excepción, suele salir en defensa de sus compañeras.



Desde entonces, conquistó Paquita mis simpatías; después, desde el escenario, mi admiración.

Pero aún más brillante que su actuación en el Trianón Palace, fué la reaparición en el teatro de la Zarzuela, en Marzo de este año.

La Prensa madrileña colmó de elogios á la excelente cancionista, diciéndola que no podía privar de su trabajo al público de Madrid; que debía actuar en la Villa y Corte «todas las temporadas, todos los años».

Diario tan importante como *El Liberal* dijo: «Ella sola llena el teatro. Su escuela de canto, su acción, su voz pastosa..., todas sus estupendas condiciones de verdadera artista, hacen de la Escribano la única cancionista española con derecho á este título.»

Otro tanto ha repetido la Prensa de la República Argentina, por donde Paquita ha realizado recientemente una brillantísima «tourné»...

¡Al fin!, ¡jal fin!!, se ha hecho justicia á Paquita Escribano, y Zaragoza, que cuenta hoy con los primeros nombres de la novillería (Ballesteros

y Manolo Gracia), estará orgullosa de ser patria de la primera de nuestras cancionistas.



Pues ¿y Gaona? Que si pisoteó ó dejó de pisotear...; que si ama á España, ó añora Méjico; que si es «roñoso», ó no lo es...

Y con semejantes ardides, siempre puesto en entredicho por la Afición, Dios y ayuda le ha costado al mejicano demostrar que es torero, en el que se compendian tres inestimables cualidades: arte, serenidad y elegancia. ¡Sobre todo elegancia...! Sin regatear sus méritos á Joselito, Gaona es en muchas cosas mucho más artístico y elegante.

TODOS LOS DÍAS SON MARTES



- Oye, Ramón: ¿tú crees que es de mal agüero casarse en martes?
— ¡Claro que sí! ¡No sé por qué ese día había de ser una excepción!

Un notable crítico taurino comentaba hace 'dos años' lo que le ha ocurrido á Gaona. Se extrañaba de que se le postergase «hasta por feo...» Y decía el crítico: «¿No le llamaban «el Sol» al rey Luis XIV? Pues también Gaona es un rey (del capote y la muleta): llamémosle, pues, el el Sol-feo.»

Porque dirán que es feo; pero toreando es un «sol».

Quisiera yo oír lo que dirían esas maldicientes si le viesen veroniquar con esa gracia, esa gallardía y ese singular estilo con que Gaona ha puesto su nombre á una altura envidiable...»

Y en fuerza de verle cosas extraordinarias, Gaona, que fué este año alejado injustamente del ruedo madrileño, «tuvo tardes» como las de Pamplona, Burgos y Granada, toreará el año próximo en Madrid y toreará con quienes debe hacerlo: con los «ases»...

Y he aquí que se le hace justicia—hablamos de su arte, no de su vida privada, que no nos importa—precisamente al mismo tiempo que triunfa la Escribano...



Son, sin duda alguna, dos vidas paralelas. ¿Se encontrarán? ¡Quién sabe!...

C.

El agua milagrosa

Los frailes de la Piedad
tenían en su convento
un pozo que era un portento
contra la esterilidad.
Toda casada affigida
por falta de sucesión,
en esa santa mansión
quedaba archicomplacida;
porque con unas veladas
de tragos y de aspersiones,
las más grandes ambiciones
eran, de fijo, colmadas.
Por eso, de día en día,
de los puntos más distantes,
mil señoras, anhelantes,
llegaban en romería;
y se afirma muy de veras
que fueron allí curadas
muchas señoras casadas
y muchísimas solteras.

Los padres, con santa calma
y severa disciplina,
les daban la medicina
para el cuerpo y para el alma;
pero hubo tales excesos,
que, al par que ellas engordaban,
los frailes adelgazaban
hasta quedarse en los huesos.
Entonces, según se cuenta,
el Superior, con talento,
prohibió la entrada al convento
y puso el agua á la venta;
y aunque las damas sencillas
la bebían hasta hincharse,
no volvieron á notarse
del agua la maravillas.
Lo que prueba, en conclusión,
de sencillo y claro modo,
que, en Medicina, es el todo
la forma de aplicación.

F. HERNANDEZ MIR.





Frans de Maess.